

Buscando la Respuesta



JOHN
BENTON

Buscando la respuesta

John Benton

EDITORIAL  PEREGRINO

Buscando la respuesta

Publicado por Editorial Peregrino, S.L.

Apartado 19

13350 Moral de Calatrava (Ciudad Real) España

editorialperegrino@mac.com

www.editorialperegrino.com

Publicado originalmente en inglés por Evangelical Press en 1983 bajo el título

Looking for the Answer

Copyright © 1983, Evangelical Press

Primera edición en español: 1988

Segunda edición en español: 2006

Copyright © 1988, Editorial Peregrino para la versión española

Esta obra se publica con el patrocinio de *Christian Books Worldwide*,
una división de *Pastor Training International*

Traducción: José Moreno Berrocal

Revisión de estilo: Juan Sánchez Araujo

Diseño de la portada: Samuel Cabrera Fernández

Las citas bíblicas están tomadas de la Versión Reina–Valera 1960

© Sociedades Bíblicas Unidas, excepto cuando se cite otra

LBLA = La Biblia de las Américas © 1986, 1995, 1997 The Lockman
Foundation. Usada con permiso

ISBN 10: 84-96562-04-2

ISBN 13: 978-84-96562-04-2

Índice

- 1.** ¿Por qué creer en Dios?
- 2.** ¿Qué marcha mal en el mundo?
- 3.** ¿Hay una respuesta al sufrimiento?
- 4.** ¿Puede ayudar la religión?
- 5.** Testimonio de Javier Arenas
- 6.** Testimonio de Manuela de la Torre

Capítulo 1 ¿Por qué creer en Dios?

El cristianismo ha sobrevivido durante 2000 años. Quizá nos sorprenda que siga creciendo su popularidad. Por ejemplo, en África, al sur del Sahara, la Iglesia ha crecido enormemente en los últimos años. En Rumanía, en los años 70 del siglo XX, muchos miles llegaron a tener una fe personal en Cristo Jesús. Con el actual clima político en China, el acceso a ese país se ha hecho posible como raramente lo había sido antes. Lo que se ha revelado es que la Iglesia en aquel país se encuentra más fuerte que nunca. Aun en el materialista mundo occidental muchos se están empezando a preguntar de nuevo si, después de todo, hay algo especial en el cristianismo. Así pues, ¿está en lo cierto el cristianismo?

Desde luego, el mero hecho de que muchas personas crean algo no significa que lo que se cree sea Verdad. Pueden ser personas sinceras, pero estar sinceramente equivocadas. Por tanto, al considerar el cristianismo, la pregunta que debemos tratar de responder es si está basado en hechos.

¿Cuál es la evidencia a favor del cristianismo? ¿Se trata de un hecho o de una fábula? ¿Soportarían sus conclusiones la prueba de la experiencia? Este es un problema que no podemos soslayar.

El Nuevo Testamento manifiesta mucho interés en que afrontemos dicho problema. Si lo leemos, encontramos que la atmósfera en que se desarrolla no es la de una engañosa secta oscurantista. Por el contrario, el Nuevo Testamento alienta un espíritu de investigación abierta de los hechos que rodearon a Jesús. El Nuevo Testamento pone las mismas condiciones que nosotros ponemos en el momento de aceptar una evidencia. Por ejemplo, escucha lo que Lucas, el tercero escritor acerca de la vida de Jesús, nos dice al empezar su relato:

Puesto que ya muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas, tal como nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron con sus ojos, y fueron ministros de la palabra, me ha parecido también a mí, después de

haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, escribírtelas por orden, oh excelentísimo Teófilo, para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido ([Lucas 1:1-4](#)).

Lucas quería que su amigo Teófilo conociese que lo que se le había enseñado como cristiano tenía un sólido fundamento en la realidad. Para esto Lucas había escuchado lo que los discípulos originales de Jesús tenían que decir, pero también se había preocupado de hacer su propia investigación de la evidencia existente. Modernos arqueólogos han confirmado que Lucas fue un historiador muy concienzudo.

O si no, observa la manera como Juan, el autor del cuarto Evangelio, comienza una carta que escribió a ciertos cristianos primitivos. Juan era uno de los discípulos originales de Jesús, y empieza así: “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida” ([1 Juan 1:1](#)).

La evidencia y el conocimiento de primera mano tienen un gran valor en el Nuevo Testamento. De hecho, parece como si la actitud de Jesús hacia muchos de sus milagros fuera la de decir a las masas que le observaban: “Mirad, aquí están las evidencias de que mis afirmaciones no son simplemente palabras huecas”. Fue la evidencia de los milagros de Jesús lo que hizo que muchas personas empezaran a pensar seriamente acerca de quién era Él. Un conocido líder religioso de su tiempo fue a investigar el asunto, diciéndole a Jesús: “Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él” ([Juan 3:2](#)).

Lo que sí está claro es que el cristianismo no teme a una investigación honesta. Por el contrario, nos anima a examinar cuidadosamente toda la evidencia.

Sin embargo, una vez dicho esto, hay algo más que añadir. Debemos también recordar que estamos considerando la *fe* cristiana. Esto significa que, inevitablemente, hemos de incluir el elemento de la confianza. En esto consiste la fe. Los cristianos no pueden probar todo lo que creen, como si se

tratara del teorema de Pitágoras. El cristianismo no es como las matemáticas.

Pero la fe cristiana tampoco es credulidad. Es confianza basada en una evidencia. Se parece más bien a una firma comercial que está pensando en lanzar un nuevo producto. Ante todo, dicha firma realiza una investigación del mercado y busca evidencias para ver si el producto en cuestión tiene probabilidades de venderse. Después, con las evidencias de que dispone, decide si corre o no el riesgo de lanzar dicho producto. A la luz de tales evidencias, decidirá embarcarse o no en la aventura: dar un paso de fe. Si la evidencia es buena, lo hará. La firma que nunca da ese paso de fe, por buenas que sean sus pruebas, no va a ningún lado; pero la firma que realiza su investigación adecuadamente y, a la luz de una fuerte convicción, lanza el producto, es la única que puede conseguir ganancias. Así también, el cristianismo implica fe y confianza basadas en evidencias.

En términos generales, el cristianismo tiene que ver con Dios y con Jesucristo, con el hombre y la relación de este con Dios. Por tanto, es por estas áreas cruciales por donde vamos a empezar, con la siguiente pregunta: ¿Coinciden las afirmaciones del cristianismo con las pruebas existentes?

DIOS EN JESUCRISTO

Todos nos ponemos un poco esquizofrénicos al tratar el tema de Dios. Una parte de nosotros encuentra casi imposible creer, mientras que a la otra le intriga la idea de que Dios pueda estar ahí.

En primer lugar, se debe decir que la Biblia nunca trata de probar la existencia de Dios por medio de alguna clase de razonamiento filosófico o deducción matemática, y hay dos buenas razones para esto. La primera es que Dios no quiere que el camino hacia Él esté solo abierto a los más brillantes intelectos —¡algunos ya tienen suficiente con el cubo de Rubik!—, ¿por que deberíamos estar en desventaja los demás? Dios no busca solo a intelectuales, sino que toda clase de personas son igualmente apreciadas a sus ojos. La segunda razón por la cual la Biblia nunca intenta probar filosóficamente la existencia de Dios es más difícil de entender. Se trata de la siguiente: Si el Dios que se describe en la Biblia existe de verdad, es

demasiado grande para este tipo de prueba, abarca demasiado. La única razón por la que éramos capaces de asimilar los teoremas y axiomas geométricos que se nos enseñaban en la escuela es porque podíamos permanecer aislados del problema que considerábamos. Pero si Él está ahí, nunca seremos capaces de permanecer separados del Dios de la Biblia. Por Él “vivimos, y nos movemos y somos” ([Hechos 17:28](#)). No podemos existir o pensar aparte de Aquel que nos da la vida y nos la mantiene continuamente. Pedir una prueba tal de la existencia de Dios sería como decir: “Demuestra mediante deducción los axiomas de la lógica, pero sin usar la lógica”. No podemos hacerlo. La idea de la prueba está ligada con la de la lógica. Y según la Biblia, la idea de la existencia de algo no se puede divorciar de aquella de la existencia de Dios. Por eso la Biblia nunca toma este camino. En la Biblia, la idea de Dios más bien se da por sentada. Las primeras palabras de la Biblia son: “En el principio creó Dios”. Por tanto, nuestra misión es examinar la evidencia y ver si esta concuerda con la idea que damos por sentada.

Consideremos brevemente tres declaraciones cruciales que los cristianos hacen con respecto a Dios.

1. Los cristianos dicen que Dios hizo el mundo

El cristiano ve el mundo de una manera muy diferente a como lo ven otras personas: considera cada estrella, flor o ser humano como una verdadera obra artesanal de Dios. Un antiguo himno expresa así cómo ven los cristianos el mundo:

*Más suave del cielo es el azul,
y más dulce en la tierra es el verdor,
algo vive en los tonos del color
que, sin Cristo, nadie ha advertido aún.*

Al considerar el asunto de la creación del mundo, me asombran continuamente las personas que dicen no creer en Dios, pero que, cuando examinan la creación científicamente, tienen al final que rectificar sus posiciones. Por ejemplo, al principio de los años 70 del siglo XX, la televisión

británica programó una serie de Jacob Bronowski titulada *The Ascent of Man* (El ascenso del hombre). El libro que recoge esta serie tuvo unas ventas millonarias. Y sin embargo, mira lo que tiene que decir Bronowski (un agnóstico) acerca del desarrollo del trigo sobre la Tierra:

Sin embargo, hay algo aún más extraño. Tenemos una lozana espiga de trigo, pero esta nunca se esparcirá al viento, ya que es demasiado estrecha para abrirse. Pero si la abro, la paja se vuela y cada grano caerá exactamente donde creció. Es muy diferente lo que ocurre con el trigo silvestre o con el primer híbrido, Emmer. En aquellas formas primitivas, la espiga está mucho más abierta y, si se abre, ocurre algo totalmente distinto: los granos se vuelan con el viento. El trigo que da pan ha perdido esta capacidad. De repente, el hombre y la planta se han unido. El hombre tiene un trigo del que vive, pero el trigo también piensa que el hombre fue hecho para él, porque solo por medio de él puede propagarse. Puesto que el trigo que da pan solamente puede multiplicarse con ayuda, el hombre tiene que recolectar las espigas y esparcir sus semillas; y la vida de cada uno —hombre y planta— depende del otro. *Es lo que podríamos llamar un cuento de hadas genético, como si la venida de la civilización hubiera sido bendecida anteriormente por el espíritu del abad Gregorio Mendel.*

Lo que nos está diciendo Bronowski es que, al considerar la interdependencia que existe entre el hombre y el trigo, parece que hubieran sido planeados el uno para el otro, diseñados el uno para el otro. Esta diciendo que, al examinar la evidencia, es como si hubiera una mente detrás de la Creación. El cristianismo dice a esto: “Estás en lo cierto; la hay. Dios hizo el mundo”.

Cuando yo era niño, en la escuela, estaba interesado en la ciencia, y uno de mis primeros héroes fue el astrónomo Fred Hoyle. En el verano de 1981 Fred Hoyle y Chandra Wickramasinghe publicaron un libro sobre los orígenes de la vida que levantó mucha polémica y cuyo título era *Evolution from Space* (La evolución desde el espacio). Las conclusiones de su investigación los llevaron a titular el último capítulo de su libro “Convergencia hacia Dios”. Los autores no han probado la existencia de una mente detrás del Universo; no pretenden ser cristianos. Sin embargo, dicen que, según sus cálculos, la

probabilidad de que la vida empezara por sí sola, de la materia inorgánica — más el tiempo más la casualidad—, es tan increíblemente pequeña (1 entre 10 elevado a 40 000), que hay que tomar en cuenta seriamente la idea de que haya un Dios creador de la vida. A esto el cristiano responde: “Sí, debe tomarse muy en cuenta”.

2. Los cristianos dicen que la Biblia es el libro de Dios

¿Hay en la Biblia alguna evidencia clara de las huellas dactilares de Dios? ¿Salió este libro realmente de Él? Existen muchas maneras de enfocar el problema; por ejemplo, comparando las religiones. Así, el arqueólogo Francis Andersen comenta el contenido religioso del Antiguo Testamento, al hablar de un hombre de la Biblia llamado Job, de la siguiente manera: “Job amaba al Señor —su Padre y Amigo— como ningún griego pudo jamás amar aun al mejor de sus dioses; como ningún babilonio, cananeo o egipcio pudo amar a cualquiera de sus numerosos dioses [...]. Es un hecho fácilmente verificable, leyendo su literatura religiosa, el que ninguno de los vecinos de Israel tenía como primera ley ‘Amarás a Dios’. Buscamos en vano en dicha literatura expresiones de agradecimiento y de gozo en Dios; pero en el Antiguo Testamento, especialmente en los Salmos, tales sentimientos abundan”.

Desde este punto de vista, la Biblia parece encontrarse sola entre toda la literatura religiosa antigua. Es como si tuviera algo especial. A mí la calidad de la enseñanza ética de la Biblia siempre me ha producido una profunda impresión; especialmente la enseñanza de Cristo en el Sermón del Monte (Mateo, capítulos [5–7](#)).

Sin embargo, probablemente, la evidencia más directa de la relación especial de Dios con este libro sea el uso espectacular que se hace en el mismo de la predicción. El libro de Isaías, en el Antiguo Testamento, es uno de tantos en la Biblia que contienen profecía predictiva específica. Ese libro se escribió hacia el año 700 a. C., y el manuscrito más primitivo que poseemos del mismo data del año 150 a. C aproximadamente.

Uno de los temas principales de Isaías es que Dios enviaría al mundo al Mesías para salvar a su pueblo. Al descubrir Isaías la clase de persona que sería el Mesías, la clase de vida que viviría y de qué muerte moriría, es difícil

imaginar que ese profeta no hubiera tenido una visión de la vida de Jesús. Lee el capítulo [53](#) de Isaías y compáralo con el juicio, la muerte y la sepultura de Jesús, y dime qué te parece, acordándote de que Isaías escribió su libro mucho antes de aquello.

Otra nota distintiva de Isaías es su predicción de que, como consecuencia de la venida del Mesías, su Dios iba a ser adorado por personas de todo el mundo. Al echar un vistazo al mundo actual, vemos el cumplimiento exacto de lo que dijo Isaías. A lo largo y ancho de este mundo, hay hoy día cristianos adorando al Dios de Isaías: al mismo Dios que adoraban los judíos del Antiguo Testamento. ¿Cómo ha ocurrido esto? Todas las naciones que había alrededor de Israel en aquellos tiempos tenían sus dioses, pero nadie recuerda ahora cuáles eran sus nombres —¡y mucho menos los adora!—. ¿Por qué es diferente el Dios de Isaías? ¿Y cómo es posible que Isaías fuera capaz de decir exactamente cuál sería la situación mundial como consecuencia de la venida del Mesías? La explicación del propio Isaías es que su Dios no es producto de su imaginación, sino un Dios verdadero y viviente que puede revelar el futuro ([Isaías 42:8, 9](#)).

3. Los cristianos dicen que conocer a Dios es la respuesta a la vida

¿Merece la pena vivir? El ser humano se ha formulado siempre este tipo de preguntas, y estas parecen haberse hecho más penetrantes durante el siglo XX. Nuestra ciencia, construida sobre la filosofía materialista, nos dice que los hombres no son más que máquinas complejas, y la moderna tecnología declara que no somos unas máquinas muy eficientes. El anuncio de los automóviles FIAT donde se explicaba que habían sido “construidos a mano por robots” puede parecer muy divertido, pero no para quien ha perdido su trabajo por causa de la llegada del robot. Para la firma comercial, el hombre vale menos que la máquina. Ante este estado de cosas, la gente se pregunta: “¿Merece la pena vivir?”. “¿Para qué vivimos?”.

Las mentes humanas más brillantes han luchado con esas cuestiones a lo largo de los siglos de la historia de la filosofía, y esos filósofos tienen que responder que no tienen contestaciones para ellas. Christopher Booker, primer editor de *Private Eye* resume la situación así:

Ya en 1922, al final de su obra *Tractatus*, Wittgenstein escribió lo que probablemente sea el dicho más célebre de cualquier filósofo moderno que conozcamos: “Acerca de las cosas de que no podemos hablar, debemos callarnos” (en otras palabras, más o menos acerca de las preguntas que otros filósofos más antiguos tomaron como puntos de partida). Recientemente, también los artistas han llegado a esa misma conclusión, como refleja la frase de Samuel Beckett: “No tengo nada que decir, y solo puedo decir hasta qué punto no tengo nada que decir”.

La vida no es sino un absurdo confuso y sin sentido. No hay respuestas: solo desesperación. Este es el terrible callejón sin salida en que se encuentra la filosofía atea.

Sin embargo, si el Dios infinito y personal de la Biblia está ahí, las conclusiones a que llegamos son totalmente diferentes. En última instancia, nuestras preguntas tienen respuestas definidas y pertinentes. ¿Qué es la vida? ¿Es un accidente evolucionario y bioquímico totalmente insignificante? No. Vinimos al mundo según el propósito de Dios. Estamos hechos a la imagen de Dios; tenemos un gran valor a sus ojos. Hemos sido hechos para tener amistad con Dios: ¡nuestras vidas están llenas de significado!

¿Qué es el amor? ¿Es otro proceso físico-químico que produce una cálida sensación dentro de mí? Si es así, no resulta más justificable que esos otros procesos físico-químicos de la envidia y la violencia, que también producen sentimientos “placenteros” en algunas personas. No. El amor es un reflejo del carácter del Dios que hizo el Universo. Cuando actuamos cuidando a otros por amor, nuestras acciones son realmente parecidas a las de Dios. El amor es el modelo de Dios para la sociedad; no es otra cosa que la esencia de las instrucciones del Creador.

El Dios de la Biblia le da sentido a la vida. Cuando tenemos una situación en la que todo son preguntas y no hay ninguna respuesta, seguro que debemos tener en cuenta, y no pasar por alto con ligereza, una hipótesis que empiece dándonos respuestas reales y prácticas. El gran teólogo cristiano Herman Bavinck resume la situación con las palabras: “El hombre es un enigma cuya solución solo se encuentra en Dios”.

Así, a partir de la naturaleza, de la Biblia, de las preguntas que en última instancia todo hombre se hace alguna vez, hemos empezado a bosquejar algunas de las razones por las que un cristiano cree en Dios.

Sin embargo, el cristianismo no tiene que ver solo con Dios: tiene que ver con Dios en Jesucristo. Para el cristiano, Jesús mismo es la prueba final de Dios. La clara evidencia histórica acerca de Jesús no puede pasarse por alto: Él es realmente un hombre histórico.

Hay tres fuentes principales de evidencias acerca de Jesús. La primera, los restos arqueológicos de mediados del siglo I, que nos han revelado el hecho de que había gente que adoraba a una persona llamada Jesús. Por ejemplo, en Jerusalén en 1945 se encontró un ataúd que los arqueólogos fecharon entre los años 40 y 50 d. C. y con la siguiente inscripción: “¡Jesús, que resucite el que aquí descansa!”.

En segundo lugar, existen obras de literatura no cristianas y anticristianas que se refieren a Jesús. Por ejemplo, el historiador romano Tácito cuenta la ejecución de Jesús a manos de Poncio Pilato en el reinado del Emperador Tiberio. También la *Mishnah* judía (apuntes de las discusiones de los rabinos judíos durante los siglos I y II) y el historiador judío Josefo hacen claras referencias a Jesús.

En tercer lugar, tenemos relatos de la vida de Jesús que se encuentran en el Nuevo Testamento.

¿Qué nos dicen los Evangelios acerca de Jesús? ¿Cómo era Jesús? Veamos un típico incidente de su vida tomado del Evangelio según Marcos:

Otra vez entró Jesús en la sinagoga; y había allí un hombre que tenía seca una mano. Y le acechaban para ver si en el día de reposo le sanaría, a fin de poder acusarle. Entonces dijo al hombre que tenía la mano seca: Levántate y ponte en medio. Y les dijo: ¿Es lícito en los días de reposo hacer bien, o hacer mal; salvar la vida, o quitada? Pero ellos callaban. Entonces, mirándolos alrededor con enojo, entristecido por la dureza de sus corazones, dijo al hombre: Extiende tu mano. Y él la extendió, y la mano le fue restaurada sana. Y salidos los fariseos, tomaron consejo con los herodianos contra él para destruirle ([Marcos 3:1–6](#)).

¿Jesús? Fue un personaje polémico, inusual, increíblemente sagaz, que odiaba la religión hipócrita. ¿Cómo era Jesús? Era pobre, pero compasivo hasta tal punto que a menudo se agotaba completamente ayudando y sanando a la gente. Jesús vivió una vida en la cual nadie pudo encontrar una falta. Siempre parecía saber con exactitud qué debía hacer en cada momento, y aunque la gente le tenía un gran respeto, su vida no les resultaba restrictiva, sino atractiva. Fue una persona que expresó fantásticas pretensiones acerca de sí mismo muy seriamente. Dijo, por ejemplo: “Yo soy la luz del mundo”, “Yo soy el pan de vida”, “Yo y el Padre uno somos”. Pero, al mismo tiempo, esquivó la fama y el reconocimiento público. Se ocultó de estas cosas. Fue un maestro admirable —escucharle era un placer—; las personas se amontonaban para oírle y, sin embargo, era absolutamente dogmático en lo que decía: “Oísteis que fue dicho [...] pero yo os dijo...”.

¿Qué pensaban de Él sus discípulos? Aquí tenemos lo que tres de sus doce seguidores originales han dejado para la posteridad como su opinión sincera acerca de Él.

Simón Pedro. Un día, cerca de la ciudad de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos qué pensaban otros de Él. Ellos contestaron que la gente pensaba que era uno de los profetas del Antiguo Testamento reencarnado. Entonces Jesús les preguntó quién pensaban ellos que era; y Simón Pedro respondió: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” ([Mateo 16:16](#)).

Juan. El apóstol Juan es el escritor del cuarto Evangelio. Escribió su Evangelio hacia el final de su vida, después de haber tenido muchos años para rememorar todo lo que sabía de Jesús. Así es como empieza Juan: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios [...]. Aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros” ([Juan 1:1, 14](#)).

Mateo. Al escribir su Evangelio, Mateo consideró cómo podía describir lo mejor posible al bebé nacido en Belén. Y llegó a esta conclusión: “Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta, cuando dijo: He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros” ([Mateo 1:22, 23](#)).

Esta es la apreciación sincera de los hombres que vivieron todos los días con Jesús durante tres años. Si Jesús estaba fingiendo ser algo que no era, seguramente ellos lo habrían notado. En los años 60 del siglo XX estuve en la universidad con cierta persona durante tres años. Recuerdo que este amigo mío fingió delante de un grupo de amistades que un poema escrito por él era de hecho una canción inédita de Bob Dylan. ¡La simulación duró menos de cinco minutos, antes de que todos nos diésemos cuenta de la realidad! Si un buen estudiante encuentra imposible hacer pasar una obra suya por la de un famoso cantante, ¡cuánto menos podría un mero hombre hacerse pasar por Dios! Tal vez fuera fácil engañar a las masas que se mantienen a cierta distancia, pero no a aquellos que viven junto a ti. A las personas que dicen ser algo que no son puede tolerárselas, pero es que estos discípulos llegaron a *amar* a Jesús y estaban preparados para dar sus vidas por Él.

Lo que hace que este hecho tenga aun más fuerza es que dichos discípulos eran judíos. A todo judío se lo educa en el conocimiento de lo que ellos llaman la *Shema*, un pasaje del libro de Deuteronomio que dice: “Oye, Israel: el Señor nuestro Dios, el Señor uno es”. Los judíos son adoctrinados en la creencia de que hay un solo Dios. Pero aquí tenemos a Jesús orando a Dios (que está en el Cielo) y, sin embargo, afirmando que Él también era Dios. La doctrina cristiana de la Trinidad no es algo que un judío pueda aceptar fácilmente. Sin embargo, aquellos discípulos judíos sintieron que tenían que aceptar que Jesús también era Dios. Se vieron obligados a hacerlo por la fuerza de la evidencia.

Los líderes religiosos de aquellos tiempos, que apenas conocían a Jesús, querían matarlo por lo que ellos veían como una blasfemia: la de afirmar que era Dios ([Juan 5:18](#)). Pero aquellos que lo conocían mejor que nadie, que estaban más cerca de Él, se dieron cuenta de que decía la verdad cuando expresó: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” ([Juan 14:9](#)).

Capítulo 2 ¿Qué marcha mal en el mundo?

El cristianismo tiene que ver con Dios mismo entrando en el mundo en la persona de Jesús. Pero, en segundo lugar, el cristianismo tiene que ver con el hombre: nos da un análisis radical de la naturaleza esencial y de los verdaderos problemas que confrontan a la raza humana.

EL HOMBRE

El cristianismo tiene mucho que decir acerca de nosotros. Consideremos por un momento si el diagnóstico cristiano acerca del estado del hombre es verdadero. Debemos ampliar nuestros horizontes para considerar no solo la evidencia acerca de Dios, sino también la que tiene que ver con nosotros. Lo que la Biblia tiene que decir acerca del hombre es bastante fuerte, y no es tampoco muy halagüeño. A menudo, la razón por la cual algunos no aceptan la fe no es por falta de evidencia acerca de Dios y de Cristo, sino porque no les gusta lo que el cristianismo dice acerca de ellos mismos. La gente tiende a los extremos cuando considera al hombre. Tenemos, por un lado, a los optimistas: que observan los problemas del mundo y siguen creyendo que podemos resolverlos pronto. La utopía, dicen, está a la vuelta de la esquina; no consiste más que en que su partido político favorito llegue al poder. Por otra parte tenemos a los profetas del pesimismo, que solo pueden ver el futuro de una forma totalmente negativa: el hombre es cruel. ¿Quién tiene razón?

Básicamente, el cristianismo tiene dos cosas que decir acerca del hombre...

1. Originalmente, el hombre y la mujer fueron hechos a imagen de Dios

En el primer capítulo de la Biblia leemos: “Y creó Dios al hombre a su

imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y hembra los creó” ([Génesis 1:27](#)). Dios es el Creador personal y poderoso que habla al hombre. Dios nos hizo a su imagen: con personalidad, con el poder de comunicarnos, con la capacidad de poder ser creativos. El hecho de que estamos hechos a imagen de Dios le da una increíble dignidad a cada ser humano. No existe tal cosa como una vida humana sin valor.

Vemos los maravillosos logros científicos del hombre y, ocasionalmente, leemos de actos de heroísmo hacia otros seres humanos. Estas cosas separan completamente al hombre de otras criaturas. El cristianismo dice: “Sí, hay algo noble y excelente a considerar en el hombre: está en contacto con Dios de una manera singular; fue originalmente creado a imagen de Dios”. Ahora bien, debemos considerar algo más al analizar al hombre.

2. Algo terrible le ha ocurrido al hombre

Podemos ver esto claramente si consideramos estadísticas como estas, extraídas del *New Internationalist Magazine* de enero de 1980: “El dinero requerido para dar comida, agua, educación, salud y hogar adecuados para cada ser humano en el mundo se ha calculado en 17 000 millones de dólares al año. Es una gran cantidad de dinero: tanto como lo que el mundo gasta en armas cada dos semanas”.

Algo marcha terriblemente mal en el mundo. Probablemente todo el mundo está de acuerdo con esto. Pero el Evangelio cristiano se acerca aún más a la Verdad, declarando que no es solamente el mundo el que anda mal, sino el hombre mismo. No hay que cambiar solamente el sistema; también el corazón humano.

Conozco a alguien llamado Andrés que se convirtió a Cristo recientemente. Siendo un joven y bien dotado economista, llegó a la fe después de pasar mucho tiempo investigando las necesidades de los países subdesarrollados. Comprendió exactamente lo que debía hacerse; sin embargo, fue el hecho de que, habiendo visto las necesidades con tanta exactitud, al mirar dentro de su corazón no encontrara en él una verdadera motivación para ir y ayudar a aquellas pobres gentes, lo que le hizo quedarse a mitad de camino. Descubrió que, si bien sabía lo que era correcto, el problema estaba en el egoísmo y la dureza de su propio corazón,

que le impedían ir e implicarse. El corazón humano necesita un cambio.

No me entiendas mal: todos los cristianos están a favor de la educación y la justicia social, pero no ven que el suplir la necesidad de estas cosas sea la respuesta final a los problemas del hombre. Quiero citar aquí a un escritor cristiano, Bruce Milne, quien ha resumido la idea muy bien: “Esta verdad es la roca que hace naufragar todos los planes de transformación del carácter humano cambiando los factores externos. Esa es la razón por la que la educación, sin una transformación moral, producirá simplemente demonios educados en vez de necios. No se podrá construir una nueva sociedad hasta que haya nuevas personas. Este es el callejón sin salida del marxismo — *y de cualquier otra ideología puramente política*—: las relaciones sociales y económicas no son las que en última instancia determinan el carácter. Por eso la revolución solo cambia el contexto en el cual el egoísmo y la voracidad humana encuentran su expresión” (cursivas mías).

Hay algo perverso, rebelde y amargo dentro de cada uno de nosotros. Es lo que la Biblia llama “pecado”. Ese es el problema. Si has criado niños, por ejemplo, sabrás lo difícil que resulta conseguir que digan “por favor” y “gracias” como deberían. Esto es algo que al parecer encuentran difícil de aprender. Pero nadie tiene que enseñarles a presumir o a mentir: les sale naturalmente. Cuesta mucho conseguir que compartan sus juguetes; pero no hace falta preguntarles dos veces qué es lo próximo que les gustaría comprar en la juguetería. Nosotros éramos iguales cuando niños. El hombre da la impresión de estar bajo la maldición de estas cosas que parecen “naturales”.

A menudo, se puede aprender mucho contrastando cosas opuestas. Hay un pasaje bíblico que —quizá más que ningún otro— resalta certeramente el problema del pecado:

Mas yo os muestro un camino aun más excelente. Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy. Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me

sirve. El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor, no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser ([1 Corintios 12:31–13:8](#)).

Nadie nos tiene que probar que esta es la manera como todos deberíamos vivir entre nuestros familiares, amigos y compañeros de trabajo. Al leer esta descripción del amor, cada uno sabemos en el fondo de nuestros corazones que es así como deberíamos vivir. Sabemos que esto es lo correcto; sin embargo, no podemos ni queremos vivir así. Esta es la clave del pecado.

Y así, aunque a menudo veamos en las pantallas de TV los apuros de la gente que vive en las partes más pobres del mundo, nos quedamos igual, pasándolo todo por alto en nuestra mente y gastando nuestro dinero en tantas cosas que no necesitamos. Ponemos la mirada en una casa mayor —o en cualquier otra cosa—, cuando tantas personas no tienen comida y, menos aún, una casa.

Así también, un muchacho mira a una joven y piensa: “No me casaría con ella, ni me entregaría a ella con un amor desinteresado, pero no me desagradaría usarla por esta noche”. Y el mismo pensamiento pasa por la mente de ella.

Muchas personas están llenas de resentimientos contra otras. Y otros, sinceramente, se consideran más importantes que los demás. ¿No es esta la realidad? En esto consiste el pecado.

Y todo esto ofende a Dios. Siempre tenemos excusas y circunstancias atenuantes, pero no deja de ofenderle. El mundo es simplemente un reflejo del estado del corazón humano: un desastre. Está maldito con todo lo malo para lo que la naturaleza humana demuestra tener un gran potencial: la guerra, la injusticia, la contaminación, la pobreza y mucho más. Jesús dijo:

Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de

dentro salen, y contaminan al hombre ([Marcos 7:21-23](#)).

El cristianismo nos dice que el pecado ha roto los vínculos entre Dios y el hombre. Ha separado a un hombre de otro y a la Humanidad de Dios.

¿Por qué parece Dios estar tan lejos? ¿Por qué nunca da la impresión de estar cerca cuando me gustaría que estuviera? ¿Por qué parece tan difícil encontrarlo? “He aquí que no se ha acortado la mano del Señor para salvar, ni se ha agravado su oído para oír, pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír” ([Isaías 59:12](#)). Si has de encontrar a Dios habrá que resolver el problema del pecado.

El cristianismo nos habla de Dios en Jesucristo y del hombre alejado de Dios. Pero existe un tercer factor que está íntimamente ligado a la esencia de la fe cristiana.

Dios no es el dios solitario, distante y apartado de Platón o del islam: allá lejos en algún sitio, despreocupado, meditabundo, en las riberas de algún séptimo cielo. Dios es el Dios que actúa, que ama, que interviene. Dios es un Dios que se preocupa por la situación del hombre. Este es el Dios que ha intervenido en la Historia en la persona de su Hijo, Jesús, y el resultado ha sido la Cruz. La Cruz tiene mucho que decirnos acerca del verdadero mensaje del cristianismo.

LA CRUZ

Desde entonces procuraba Pilato soltarle; pero los judíos daban voces, diciendo: Si a éste sueltas, no eres amigo de César, todo el que se hace rey, a César se opone. Entonces Pilato, oyendo esto, llevó fuera a Jesús, y se sentó en el tribunal en el lugar llamado el Enlosado, y en hebreo Gabata. Era la víspera de la pascua, y como la hora sexta. Entonces dijo a los judíos: ¡He aquí vuestro Rey! Pero ellos gritaron: ¡Fuera, fuera, crucifícale! Pilato les dijo: ¿A vuestro Rey he de crucificar? Respondieron los principales sacerdotes: No tenemos más rey que César. Así que entonces lo entregó a ellos para que fuese crucificado. Tomaron, pues, a Jesús, y le llevaron. Y él, cargando su cruz, salió al lugar llamado de la Calavera, y en hebreo, Gólgota; y allí le crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio

[\(Juan 19:12–18\)](#).

La Cruz nos proporciona la evidencia final respecto de la naturaleza del corazón del ser humano. El hombre es capaz de cometer grandes maldades debido a que está alejado de Dios. A aquellos que dicen: “Bueno, realmente la raza humana no es tan mala”, el cristianismo les señala la Cruz. La mayor prueba de que el hombre está completamente alejado de Dios, es la manera como trató a Dios cuando este vino en la persona de Jesús. Lo crucificamos.

Pero aparte de ser un gran indicador de la verdadera temperatura de la rebelión del hombre contra Dios, la Cruz también nos revela el fervor del amor de Dios por el hombre. Aunque Dios no instigó el odio del ser humano contra Jesús, la Cruz estaba en su plan para solucionar el problema del pecado del hombre: perdonando a este y reconciliándolo con Dios. El hombre es culpable del pecado, está enfermo a causa del mismo, pero la Cruz soluciona todo esto.

Las acciones contra Dios de hombres despiadados se convierten en bendiciones de Dios para el hombre. Así de maravilloso es Dios. La crueldad se vuelve amabilidad en la Cruz.

El hombre es culpable delante de Dios por su pecado y, asimismo, está enfermo espiritualmente por causa del pecado: por el hecho de estar apartado de Dios, fuente de la vida. Es culpable y está enfermo. Veamos cómo es la Cruz la respuesta para el pecado.

Dios se encargó de allanarnos el camino para que entendiésemos la Cruz, al colocarla en el contexto de la nación que preparó especialmente: los judíos. Las ceremonias del Antiguo Testamento y la historia de los judíos nos proveen la información necesaria para interpretar lo que Jesús hizo en la Cruz. El entendimiento completo de la Cruz requiere mucho estudio, pero veamos dos de los ejemplos que se usan para explicarnos lo que Jesús hizo al morir en la Cruz.

1. El cordero

En particular, el ejemplo que se nos da de un cordero nos muestra cómo resuelve Jesús el problema de nuestra culpabilidad delante de Dios. Nuestra culpa es una realidad terrible. Muchas personas la sienten en sus

conciencias. Recuerdo que una vez, en Gales, empecé a conversar con un joven al que no conocía. Su sentimiento de culpa y desesperación era tal que tenía que hablar con alguien. Su novia se había quedado embarazada y decidieron tener el niño, pero luego ella murió en el parto. El muchacho estaba destrozado por sus remordimientos. Uno no podía evitar el sentir compasión por él. Pero debemos darnos cuenta de que el sentimiento humano de culpa no es mera autoacusación: constituye un indicador de la culpabilidad de todos nosotros ante Dios.

¿Cómo soluciona la cruz de Cristo el problema de nuestra culpabilidad? Dios envió a los judíos a Juan el Bautista para que preparase el camino de Jesús y presentase a este a la nación. Cuando el Bautista vio a Jesús, dijo a voces a todos los que estaban aquel día observando: “He aquí el Cordelo de Dios, que quita el pecado del mundo” ([Juan 1:29](#)). ¿Qué quería decir con eso?

En las ceremonias religiosas judías del Antiguo Testamento, cuando algún hombre era culpable de maldad y pecado, venía al tabernáculo de Dios con un animal: un cordero. Entonces, delante de Dios, ponía sus manos sobre la cabeza del animal y confesaba sus pecados, reconociendo lo que había hecho mal; de esta manera se simbolizaba la transferencia de la culpa del hombre al animal. A continuación, se inmolaba a este último como castigo por el pecado de aquel, como sustituto del hombre que se arrepentía de su pecado.

El Evangelio cristiano consiste en que, aunque el pecado conlleva como castigo la muerte, Jesús fue el sustituto de todo aquel que pone en Él su confianza. Así como las manos sobre la cabeza del animal unían a la persona con este y la culpa se transfería, también la fe en Jesús nos une con Él de tal manera que nuestra culpa viene a ser suya. La culpabilidad del pecado se ha colocado sobre Él y Jesús paga el castigo del pecado —la muerte física y espiritual— de todo aquel que tiene fe en Él.

El apóstol Pablo describe cómo Jesús quita nuestra culpa y nos reconcilia con Dios con estas palabras: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” ([2 Corintios 5:21](#)).

2. La serpiente

Otro aspecto de la obra de Cristo en la Cruz se nos muestra con la extraña figura de una serpiente. La figura de la serpiente se refiere particularmente al hecho de que Jesús es capaz de curar la enfermedad espiritual del pecado del hombre.

El pecado es como un veneno que está destrozando a la sociedad humana, trayendo soledad, crueldad, temor y frustración. Esta enfermedad causa la muerte eterna del hombre, porque nos separa de Dios. Jesús mismo utilizó una historia del Antiguo Testamento que apunta a cómo Él es capaz, por medio de su cruz, de tratar la enfermedad del pecado en nuestras vidas. Cuando Moisés conducía a los israelitas, su campamento se vio invadido por serpientes venenosas, y todo el que había sido mordido por las serpientes estaba muerto o muriéndose. Entonces Moisés preguntó a Dios qué podía hacer, y Dios le dijo que hiciera una réplica en bronce de la serpiente y la pusiera sobre un asta en medio del campamento hebreo. Si alguno sufría una picadura, y miraba a la serpiente en el asta, vivía. Jesús habló de sí mismo como alzado en una cruz: “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” ([Juan 3:14, 15](#)).

La serpiente era el instrumento de Dios al cual los israelitas miraban para recibir salud física. Jesús es Aquel a quien debemos mirar con fe para hallar salud espiritual. Nuestras vidas pueden resultar transformadas, nuestras vidas pueden cambiar radicalmente en cuanto al pecado mirando a Jesús. Cuando alguien mira lo que Jesús hizo por él en la Cruz, y se da cuenta de lo mucho que Jesús le ama, comienza a ser transformado; deja de vivir para sí mismo y empieza a hacerlo para Aquel que lo amó tanto que llegó a morir por él. La Cruz trae una transformación del alma. Trae salud espiritual: poniéndonos otra vez en contacto con Dios gracias a que se nos quita la culpa y nuestros corazones son cambiados. Y de estar separados de Dios pasamos a amarle por lo que ha hecho.

El profeta Isaías junta estos dos aspectos (la remoción de la culpa por medio de Cristo, que recibe el castigo, y la sanidad de la enfermedad espiritual que produce el pecado) al profetizar los sufrimientos de Jesús:

“Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados” ([Isaías 53:5](#)).

No podemos reconciliarnos con Dios tratando de mejorar. Tampoco vencemos al pecado haciéndonos moralistas. Las personas son reconciliadas con Dios por medio de lo que Jesús hizo en la Cruz, cuando ponen su fe en Él.

Capítulo 3 ¿Hay una respuesta al sufrimiento?

Es por la tarde en un hospital. El médico ha entregado su mensáfono para que no lo molesten. Después de intercambiar unas palabras con la enfermera, entra en la sala. Es la primera vez que el paciente ve al médico sin su típica bata blanca. El médico corre una de las cortinas que separan las camas de la sala, y se sienta en la cama del paciente. Por primera vez los formalismos desaparecen. La suave voz del médico susurra: “La biopsia muestra que las células cancerosas están aún ahí. Me temo que no hay nada que podamos hacer...”. El paciente rompe a llorar.

Recuerdo que cuando yo era profesor en Merseyside, había un niño cuyo padre había muerto. Creo que ese padre sabía que tenía cáncer terminal y, por eso, en sus últimos días de vida, la familia se fue de vacaciones junta. Mientras transcurrían las mismas, el padre murió.

El niño sintió mucho la pérdida de su padre, ya que estaban muy unidos. Y durante algún tiempo, se quedaba en su habitación cada tarde y escuchaba constantemente la voz de su padre en una grabación, tratando de recuperar el pasado. La muerte es el golpe final en el corazón: la separación total.

Viendo casos como estos, nos sentimos impulsados a preguntarnos: “¿Es esto el fin? ¿Hay vida después de la muerte?”.

En realidad, el problema de la muerte nos lleva al problema del sufrimiento. La muerte es simplemente el clímax, la cima de la montaña...

Tengo un amigo africano que predica el Evangelio de Cristo en una de las zonas más pobres de Kenya. Los problemas de pobreza y malnutrición son terribles allí. Un verano quince niños perdieron la vida a causa de enfermedades las cuales, si hubieran estado bien alimentados, habrían superado con facilidad. Aunque, desde luego, lo que sucede allí es solo un pequeño ejemplo de la situación mundial.

Quizá las personas no religiosas identifiquen fácilmente la cruz de Cristo como símbolo del sufrimiento humano. Para muchos, la imagen del sufrimiento es la imagen que —comprensiblemente— domina su concepción del mundo: ya sea en forma de desastres naturales o de actos de crueldad por parte de otros hombres.

El dramaturgo francés Eugene Ionesco escribe esto al considerar la forma en que la violencia ha marcado su comprensión del mundo: “Poco después de mi llegada a mi segunda patria, vi a un hombre todavía joven, grande y fuerte, atacando a un anciano con sus puños y pateándolo con sus botas [...]. No tengo otras ideas acerca del mundo más que de brutalidad, vanidad e ira, vaciedad y asquerosidad, odio inútil. Todo lo que he experimentado me ha confirmado simplemente aquello que ya había visto y comprendido en mi infancia: furia vana y sórdida que aparece de repente, rodeada de silencio; sombras que desaparecen tragadas para siempre por la noche”.

Ante la injusticia y el sufrimiento, todo lo que el mundo puede decir es: “Aguántate”. O si no: “Colabora con los terroristas para cambiar el sistema” —como si matar condujese a una miseria menor—. O también: “Ahoga tus penas en una botella y olvídalas”. Ante esto, solo nos queda desesperarnos. Nos preguntamos: “¿Por qué hay tanto sufrimiento y cómo podemos vivir con él?”. Muchas personas rechazan el cristianismo porque, sinceramente, tienen dificultades con el espinoso tema del sufrimiento, y hablan de esta manera: “¿Le importa a Dios? ¿Cuál es la respuesta?”.

Todos afrontamos crisis dolorosas en nuestras vidas. Todos tenemos que afrontar la crisis final de la muerte. ¿Tiene la fe cristiana algo positivo que decir, algo relevante y definido que ofrecer a la gente en respuesta al sufrimiento? Esta es una buena pregunta. Lo primero que el cristianismo tiene que afirmar acerca de la muerte y del sufrimiento es que su presencia en el mundo es una consecuencia directa de la separación entre el hombre y Dios.

Dios es, en última instancia, la fuente de la vida y del bienestar. Si el hombre lo ha rechazado, si ha desconectado el cable de la fuente de energía, entonces, inevitablemente, desaparece la armonía de su mundo y la consecuencia es la muerte. Jesús dijo que el gran mandamiento es: “Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón”. Pero el hombre responde: “No, no

queremos a Dios”.

Deberíamos amar a nuestro prójimo y cuidar de él de la misma manera que nos amamos y cuidamos a nosotros mismos. Nuestro rechazo individual de esto —el otro gran mandamiento de Dios— solo sirve para empeorar las cosas. Si dejamos a la gente en la pobreza, la tentación de robar y de cometer crímenes aumenta. Esto no excusa para el delincuente, pero lo somete a presiones que otros no tienen.

El egoísmo de unos lleva al egoísmo de otros. Comenzamos a ver algo de lo que es el juicio de Dios cuando observamos que Dios deja que la gente siga sus propios caminos. La compleja tela de araña del pecado alienta a los seres humanos a estrangularse unos a otros con el sufrimiento.

El Evangelio cristiano tiene, sin embargo, algo muy positivo que decir con respecto a estos problemas de la muerte y el sufrimiento. La clave de todo ello es la resurrección de Jesús. El hecho de que Jesús esté vivo tiene las más profundas implicaciones.

Si Jesús resucitó de los muertos, ello pone en duda todos los principios de la visión materialista que de este mundo tiene nuestra sociedad. En la escuela se nos enseña el materialismo. No hay lecciones específicas del mismo, pero se nos inculca en todas las clases. Desde que somos pequeños se nos enseña que las únicas cosas que importan —las únicas que existen— son las que se pueden gustar, tocar, oler, oír y ver. Se nos dice que la muerte es el final y que, por tanto, debemos adoptar la filosofía del “come, bebe, regocíjate, porque mañana moriremos”. Y así se nos lava el cerebro para que creamos que el éxito en la vida significa éxito comercial, académico o deportivo. El que una persona sea amable, paciente y leal no se toma en cuenta. “¿Cuánto gana?”; “¿qué títulos tiene?”, estas son las preguntas que le importan a la sociedad, y esta actitud es la que produce el mundo cruel, solitario y despiadado en que vivimos. En la escuela donde trabajaba solíamos tener reuniones para que los alumnos conocieran a gente de las diversas profesiones a las cuales aspiraban. Puedo recordar vivamente que, en una ocasión, mientras la sala donde se hallaban los administrativos estaba llena hasta los topes, las personas que trabajaban como asistentes sociales solo vieron a dos chicos en todo el día. Desde un punto de vista materialista, el trabajo de asistente social no parece muy bueno (¡a menos

que uno alcance un puesto directivo, claro!).

Pero supongamos que esta vida no lo sea todo. Supongamos que Jesús sobreviviera a la muerte. Supongamos que debamos responder ante Dios de cómo hemos vivido y de cómo hemos tratado a otros seres humanos. Supongamos que haya un Cielo y un Infierno. Supongamos que haya vida después de la muerte. Si esto es verdad, la resurrección de Jesús tiene tremendas consecuencias para nuestro sistema de valores y la manera en que vivimos.

LA RESURRECCIÓN

El primer día de la semana, María Magdalena fue de mañana, siendo aún oscuro, al sepulcro; y vio quitada la piedra del sepulcro. Entonces corrió, y fue a Simón Pedro y al otro discípulo, aquel al que amaba Jesús, y les dijo: Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto. Y salieron Pedro y el otro discípulo, y fueron al sepulcro. Corrían los dos juntos; pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro. Y bajándose a mirar, vio los lienzos puestos allí, pero no entró. Luego llegó Simón Pedro tras él, y entró en el sepulcro, y vio los lienzos puestos allí, y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, no puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte. Entonces entró también el otro discípulo, que había venido primero al sepulcro; y vio, y creyó. Porque aún no habían entendido la Escritura, que era necesario que él resucitase de los muertos ([Juan 20:1–9](#)).

¿Qué sucedió en Jerusalén en la mañana del domingo, después de que Jesús hubiera sido crucificado? ¿Cómo llegó a creer la Iglesia primitiva que Jesús estaba vivo de entre los muertos?

1. ¿Robaron los discípulos el cuerpo? Esta fue una de las primeras acusaciones hechas contra los cristianos. Las autoridades judías habían pedido a los romanos que colocasen una guardia de soldados en la tumba para prevenir esto mismo ([Mateo 27:62–66](#)).

Sin embargo, sigue diciendo la Escritura:

Mientras ellas iban, he aquí unos de la guardia fueron a la ciudad y dieron aviso a los principales sacerdotes de todas las cosas que habían acontecido. Y reunidos con los ancianos, y habido consejo, dieron mucho dinero a los soldados, diciendo: Decid vosotros: Sus discípulos vinieron de noche, y lo hurtaron, estando nosotros dormidos. Y si esto lo oyere el gobernador, nosotros le persuadiremos, y os pondremos a salvo. Y ellos, tomando el dinero, hicieron como se les había instruido. Este dicho se ha divulgado entre los judíos hasta el día de hoy ([Mateo 28:11–15](#)).

¿Es razonable que un grupo de hombres que huyeron cuando Jesús era arrestado fueran a una tumba guardada por soldados romanos, adiestrados y preparados para la guerra, y los vencieran? ¿O es razonable que, habiendo hecho esto, arriesgaran sus vidas, y aun las entregaran, por predicar que Jesús estaba vivo? ¿Es posible que se creyera y se extendiese tan rápidamente el mensaje cristiano con un fundamento falso como ese? ¿No se le habría escapado a alguno el secreto en su lecho de muerte?

2. ¿Fueron las autoridades las que se llevaron el cuerpo por alguna extraña razón? Los discípulos de Jesús les causarían más tarde bastantes problemas a aquellas con su predicación. Si esto había sido así, ¿por qué no mostraron el cuerpo y acabaron con todo ello?

3. ¿Se equivocaron los discípulos acerca del sepulcro en que habían sepultado a Jesús? ¿Pero es que habrían ido todos, separadamente, a la tumba equivocada? Y de cualquier manera, ¿no los habrían convencido las autoridades en seguida de su error?

4. ¿Robarían quizá el cuerpo de Jesús unos desconocidos, engañando así a los discípulos y a las autoridades romanas y judías? ¿Se perdió el cuerpo de Jesús? El verdadero problema con esta objeción y, de hecho, con todas las que hemos visto hasta ahora, es que los discípulos no predicaron acerca de una tumba vacía, sino que anunciaron que habían visto a Jesús vivo.

Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras, y que apareció a Cefas, y después a los doce. Después apareció a más de

quinientos hermanos a la vez; de los cuales muchos viven aún, y otros ya duermen. Después apareció a Jacobo; después a todos los apóstoles; y al último de todos, como a un abortivo, me apareció a mí. ([1 Corintios 15:3–8](#)).

Los discípulos predicaron que se habían encontrado con Jesús resucitado de los muertos.

5. ¿Quizá no vieron a Jesús, y fue todo una alucinación? Solo los individuos tienen alucinaciones, y esto se debe a que se originan en el subconsciente de la persona. Por eso dos personas no verían la misma cosa. Sin embargo, muchos le vieron al mismo tiempo. Los judíos, de acuerdo con sus leyes, no aceptaban ninguna evidencia, a no ser que viniese de dos o tres testigos por lo menos.

¡La Iglesia cristiana apareció de repente en la historia del mundo con una fuerza irresistible! Deprimidos y desesperados después de morir Jesús, los discípulos fueron de repente transformados en personas que predicaban sin temor —con gran gozo y alegría— que había vida después de la muerte y que el Cielo estaba abierto para todos aquellos que confiaran en Jesús. La prueba de todo —decían— estaba en que se habían encontrado con Jesús después de que este hubiera vencido a la muerte. No tenían miedo de la autoridad civil, ni de la muerte, y cambiaron el mundo con su mensaje. Todas estas cosas no encuentran explicación a menos que, como afirmaban, Jesús en verdad hubiera resucitado.

El apóstol Pablo era un hombre tan escéptico y tan seguro de que el cristianismo no tenía sentido, así como de que Jesús estaba muerto, que empezó a perseguir a la Iglesia. Sin embargo, fue convertido al cristianismo cuando, de acuerdo con su propio relato, se encontró con el Señor Jesucristo resucitado en el camino de Damasco.

Hubo otros dos famosos intentos por parte de escépticos de rebatir la evidencia histórica referente a la resurrección de Jesús que acabaron en un feliz desastre. El escritor cristiano Roger Forster cuenta uno de ellos de la siguiente manera:

En el siglo XVIII, un par de hombres decidieron que, cuando fueran a Oxford, compartirían entre ambos el ataque. Lord Lyttleton escribiría

un libro para probar que el apóstol Pablo nunca se convirtió a Jesucristo (¡un intento muy atrevido, por cierto!); el otro, Gilbert West, decidió que atacaría la Resurrección, el cimiento del cristianismo. Así que, cada uno puso manos a la obra, y no se vieron por algunos años. Cuando al fin se volvieron a ver y se preguntaron mutuamente cómo iban, Lyttleton dijo que lo sentía, pero que no iba a poder escribir el libro. De hecho, al estudiar el material disponible para poder sopesar el caso, él mismo se había convertido a Cristo. Sentía haber desengañado a su amigo. Gilbert West replicó diciendo que, de hecho, él había escrito un libro, pero que vería la luz como una *defensa de la resurrección de Jesús*. Hoy en día se puede ver el libro en el Museo Británico, y en una de sus hojas en blanco hay una cita del libro de Eclesiástico (uno de los Apócrifos), donde dice: ‘No juzgues un caso hasta que lo hayas examinado’ ”.

Muy parecido es lo que le ocurrió al abogado americano del siglo XX Frank Morrison. Se propuso escribir contra la Resurrección, pero el primer capítulo del libro que finalmente escribió se titula: “El libro que se negó a ser escrito”. Él también había quedado convencido de la resurrección de Jesús. Esta es, pues, la fuerza de la evidencia histórica, que cualquiera puede examinar.

Pero hay otra manera, mucho más directa, de investigar la verdad de la resurrección de Cristo. Para muchos de nosotros, si tuviéramos que escoger al discípulo con quien más nos identificamos, este sería Tomás, el dubitativo. Es alguien muy práctico y directo. Nunca ocultó sus dudas. No estaba dispuesto a creer nada a menos que viese la evidencia.

Los otros discípulos estaban llenos de gozo y expectación, diciendo que habían visto al Señor Jesucristo resucitado. Tomás, sin embargo, no lo había visto. No había estado allí cuando Jesús se apareció a los otros. Así que dijo: “Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré”.

Evidentemente tenía dudas, pero sus palabras expresan algo más: “A menos que vea, no creeré”. Esto implica: “Si soy confrontado con la prueba, creeré. Si el Señor Jesucristo vivo tiene un encuentro conmigo, de seguro que creeré”.

La segunda manera en la cual se puede investigar la aseveración cristiana de que Jesús vive es la prueba de la experiencia personal. Si Jesús realmente vive, podrá tener encuentros con personas ahora. Puedes probar la realidad del Cristo resucitado en tu propia vida cuando llegues a orar sinceramente: “Señor Jesús, si estás ahí y te manifiestas a mí, te seguiré”. El camino hacia la certeza es añadir un encuentro personal con el Cristo viviente a los cimientos seguros de la evidencia histórica. Es posible que tengas las dudas de Tomás, ¿pero tienes también su sinceridad? ¿Estás dispuesto a ser franco ante Cristo?

Hay un hombre en Irlanda del Norte que cometió un asesinato sectario. La policía no tenía ninguna pista acerca del posible culpable. Un día entró en la comisaría y se entregó. La policía estaba sorprendida. “¿Por qué? —le preguntaron—. Nadie sospechaba de usted, ¿por qué se ha entregado?”. Y la respuesta del hombre fue: “Jesucristo ha cambiado mi vida. El Señor Jesucristo ha entrado en mi vida y ahora debo hacer lo que es correcto”. Jesús vive y es capaz de darse a conocer de una forma así de definitiva en las vidas de muchas personas hoy.

LA IMPORTANCIA DE LA RESURRECCIÓN

¿Qué luz arroja la resurrección de Jesucristo sobre el problema del sufrimiento y la muerte que empezamos a considerar al principio de este capítulo? La respuesta es que nos asegura que la solución final al problema del sufrimiento está en manos de Dios. La resurrección corporal de Jesús nos muestra claramente que el Cielo y la vida después de la muerte no son simplemente ideas consoladoras o castillos en el aire. La vida eterna es real. El Cielo es real.

La Biblia declara que, al final, Dios hará un nuevo Cielo y una nueva Tierra. Y en aquel lugar habrá una vasta multitud de personas que han confiado en Cristo. Allí no habrá más sufrimiento, ni más lágrimas, ni más muerte, ni tristeza, ni llanto ni más dolor. El Cielo es la respuesta final de Dios al sufrimiento del hombre. Puede que esta no sea la respuesta que hubiéramos esperado, pero la resurrección de Cristo indica que es la verdadera respuesta final.

Ahora bien, lo que torna esto tan interesante es la manera como las personas alcanzan el Cielo. ¿Cómo llegan a ese lugar donde no hay más sufrimiento? Si pudiéramos preguntarles a ellos, todos nos darían la misma respuesta. Todos apuntarían a los sufrimientos de un hombre: al sufrimiento de Cristo en la Cruz para quitar sus pecados. ¿Cómo llegan estos hombres y mujeres a ese lugar donde no hay muerte? Responderían apuntando a la muerte de un hombre: la muerte del Señor Jesucristo, “el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” ([1 Pedro 3:18](#)). Todo esto muestra de nuevo el maravilloso poder, la sabiduría y el amor de Dios. Dios ha tomado en sus manos la ruina más terrible de la Humanidad —el sufrimiento del hombre— y la ha cambiado, por medio de los sufrimientos de Jesucristo, en la mayor bendición posible para el género humano: ¡una puerta abierta al Cielo y a la vida eterna!

¿Cuál es la respuesta al sufrimiento? Dios mismo ha sufrido, en la persona de Jesucristo, para que nosotros dejemos para siempre de sufrir. Dios tiene un verdadero interés en que las personas sean libradas del sufrimiento y de la muerte: “¿Quiero yo la muerte del impío?, dice el Señor. ¿No vivirá, si se apartare de sus caminos?” ([Ezequiel 18:23](#).) Dios ha provisto la escapatoria, mediante la cruz de Jesús, para todos aquellos que ponen su confianza en Él y encomiendan en sus manos sus vidas.

Los problemas que estamos tratando aquí son profundos y no deben minimizarse. Este asunto es decisivo. Jesús es la respuesta a la muerte, pero si no quieres tener nada que ver con Jesús, entonces estás escogiendo la muerte eterna. La Biblia expone claramente algo que resulta difícil de decir a la gente, pero que, sin embargo, es la verdad: Jesucristo es el camino que debe escogerse para la liberación final del sufrimiento; pero si no tenemos a Jesús, estamos escogiendo el sufrimiento eterno. Jesús dijo: “Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que lo hallan” ([Mateo 7:13, 14](#)).

¿Qué importancia práctica tiene el hecho de la Resurrección para la gente de nuestro tiempo? El efecto práctico es que libera al cristiano del temor de la muerte. Al mirar a la resurrección de Jesús, los cristianos saben que hay

vida después de la muerte, y que ellos, a través de su unión con Cristo por la fe, no tienen nada que temer. Jesús dijo: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto vivirá” ([Juan 11:25](#)).

Permíteme darte el testimonio de tres cristianos que afrontaron la muerte hace poco. Son gente de diferentes culturas, y de diferentes partes del mundo, pero tienen una cosa en común: su fe en Cristo.

El primero es el de un joven médico inglés, James Casson: un hombre hogareño, de treinta y tantos años, con toda la vida por delante y al que se le encontró un cáncer incurable. Era cristiano y, en los últimos meses de su vida —antes de morir, en junio de 1980—, escribió un folleto titulado *Morir, la mayor aventura de mi vida*. Al leer lo que dice, recuerda que no son palabras de un predicador desconectado de la situación; sino de un hombre que sabe que se está muriendo:

Creo que no existe ninguna causa para temer a la muerte y a lo que venga después. El proceso de la muerte algunas veces me asusta; lo cual es una reacción natural que también experimentó, según creo, hasta nuestro Señor mismo en Getsemaní. Pero la libertad del temor a la muerte en sí es aun más liberadora cuando se ve en el contexto bíblico. El perdón se encuentra en una aceptación personal de la muerte de Cristo en nuestro lugar, no como un hombre que muere por su país o su familia, sino como el Hijo de Dios muriendo por una persona pecadora como yo. Una vez que se ha dado este paso, la esperanza comienza a tomar forma, y cuando se ha comprendido la verdad fundamental de la Resurrección, la verdadera maravilla de la misma aparece tan clara como el agua. Esta nueva vida se convierte en la nuestra, que es tan solo una sombra ahora, pero que después de la muerte continuará para siempre. La elección es nuestra. Todos los hechos están a nuestra disposición. El juicio de Dios será manifiestamente justo, especialmente para aquellos que son juzgados. Esto no es fácil de aceptar; pero puedo asegurar a todos y cada uno de los que dan este paso de fe que cualquier temor a la muerte desaparecerá [...]. ¿Cuáles son mis sentimientos al escribir estos últimos párrafos? En primer lugar, de sorpresa, por haber sobrevivido lo suficiente para acabarlos. Algunos días me he sentido tan enfermo

que parecía que no me despertaría a la mañana siguiente. En segundo lugar, una convicción de que si alguna persona se beneficia de este esfuerzo, habrá merecido la pena. En tercer lugar, la continua conciencia del mundo espiritual conforme mi cuerpo se va debilitando; de una música en una colina distante que se hace cada vez más sonora; de una visión de la gloria cada vez más clara, ahora que mi viaje casi ha terminado.

La segunda persona cuya experiencia cristiana al afrontar la muerte nos dice mucho, es Josif Ton. Ton es natural de Rumanía y fue amenazado de muerte por las autoridades de aquel país debido a su fe cristiana.

Fui arrestado un día de 1977 y acusado de traición y conspiración. Esto se castiga con la muerte. Me llevaron ante el ministro del Interior, quien me dijo que me iban a fusilar. “Pero antes de eso —me explicó—, le quemaremos y le torturaremos”. Entonces me llevaron desde su oficina al lugar donde había sido interrogado, y el mayor que me había interrogado dijo: “Señor Ton, ¿no se da cuenta de que lo van a fusilar? Haga algo para salvar su vida”. Y yo dije: “¿Qué puedo hacer para salvar mi vida?”. Él respondió: “Pienso que si confiesa que todos esos artículos que usted escribió el año pasado, los escribió bajo el mandato de sus amos occidentales, y pide perdón y promete que no volverá a escribir más en ese sentido, le perdonarán”. Yo sonreí y dije: “Señor, lo que usted me propone es un suicidio espiritual. Prefiero la muerte física. Pero le digo que no hay necesidad de salvar mi vida; fusíleme”. Nunca te visto a un hombre más furioso que aquel en toda mi vida; ya que no se le puede hacer nada a un hombre que dice: “Fusíleme”.

Luego Josif continúa hablando de otro cristiano que fue amenazado de muerte de la misma manera, y que pudo decir: “Cuando me amenazan con la muerte, me están diciendo, de hecho, que me enviarán a la gloria, ¡y no me pueden amenazar con la gloria!”. La fe cristiana permite que las personas se enfrenten a la muerte sin temor.

El tercer testimonio viene del África, de Uganda en 1973, cuando el régimen de Idi Amín estaba en el poder. El obispo Festo Kivengere describe lo que sucedió un día cuando se le pidió que asistiese a la ejecución de tres

hombres.

El 10 de febrero comenzó como un día triste para nosotros en Kabale. A la gente se le ordenó acudir al estadio y contemplar la ejecución, por un pelotón de fusilamiento, de tres jóvenes de nuestra zona. La muerte impregnaba la atmósfera del estadio. Una multitud silenciosa de cerca de 3000 personas estaba allí para observar el espectáculo.

Yo tenía el permiso de las autoridades para hablar con los hombres antes de que murieran, y dos de mis predicadores estaban conmigo. Trajeron a los hombres en un camión y los bajaron. Estaban esposados, y tenían los pies encadenados. El pelotón de fusilamiento esperaba. Al caminar hacia el centro del estadio, me estaba preguntando qué les diría a estos hombres en los pocos minutos que restaban antes del momento de su muerte. ¿Cómo presentarles el Evangelio a unos hombres condenados a muerte, llenos probablemente de furia?

Nos acercamos a ellos por detrás y, al volverse para mirarnos, ¡qué sorpresa! Sus rostros estaban radiantes, con una incandescencia y un brillo inconfundibles. Antes de que pudiéramos decir nada, uno de ellos exclamó: “¡Obispo, gracias por venir! Quisiera decirle una cosa. El día que fui arrestado, dentro de mi celda, le pedí al Señor Jesucristo que viniera a mi corazón. Y vino y perdonó todos mis pecados. ¡El Cielo está ahora abierto para mí, y no hay nada que se pueda interponer entre mí y mi Dios! Por favor, dígame a mi mujer y a mis hijos que me voy para estar con Jesús. Pídeles que lo acepten en sus vidas como yo hice”.

El segundo hombre nos contó una historia similar, levantando emocionado sus manos al tiempo que sonaba el ruido de las esposas. Entonces el más joven nos dijo: “Yo conocí al Señor, pero me aparté de Él y me mezclé en la política, acabando muy confuso. Después de mi arresto, volví al Señor. Me ha perdonado y me ha llenado de paz. Por favor, dígaselo a mis padres [...] y advierta a mis hermanos menores de que nunca se aparten del Señor Jesús”.

Sentí que lo que tenía que hacer era hablar con los soldados y no

con los condenados. Así que, traduje lo que estos hombres habían dicho al idioma que los soldados podían entender. Los militares ya tenían sus armas preparadas, pero sus rostros revelaban ahora confusión. La gente del estadio que estaba lo suficientemente cerca pudo oír todo esto también, y el resto ver el brillo en los rostros de los condenados que evidenciaba que eran almas perdonadas.

Los soldados se sentían tan confusos ante los rostros y las palabras de los que iban a ejecutar ¡que se olvidaron de taparles la cara con los capuchones! Los tres se pusieron de cara al pelotón de fusilamiento juntos. Empezaron a mirar a la gente y a saludarla con las manos, a pesar de las esposas. La gente les respondía de la misma manera. Entonces se procedió a su fusilamiento, y los tres se fueron con Jesús.

Permanecimos frente a ellos, con nuestros corazones palpitando de gozo mezclado con lágrimas. Fue un día que nunca olvidaremos. Aunque muertos, estos hombres hablaron fuertemente a todo el distrito de Kigeze y aun más allá, de tal manera que hubo un resurgimiento de vida en Cristo, la cual desafía a la muerte, y la derrota [...].

Oímos después que los soldados que formaban el pelotón de fusilamiento no podían apartar de sus mentes la realidad de lo que vieron: la gloria de Dios en el rostro de hombres que iban a morir.

Cristo vive. Él es la respuesta final al sufrimiento y la muerte. El ha muerto por los pecados de todos aquellos que creen en Él, reconciliándolos con Dios, de tal manera que ya no necesitan temer más a la muerte: “Dios [...] le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios” ([1 Pedro 1:21](#)).

Capítulo 4 ¿Puede ayudar la religión?

En 1971 se exhibió cierto objeto en un museo del condado inglés de Durham: una moneda romana acuñada entre los años 135 y 138 d. C. Pero una niña de nueve años, al entrar al museo y ver la pieza, fue a los conserjes del museo y les dijo que era un obsequio de plástico que regalaba una empresa de refrescos a cambio de las etiquetas de las botellas. Un portavoz del museo comentaba después: “El problema consistió en que creímos que la letra ‘R’, grabada en la moneda, correspondía a Roma. Pero en realidad quería decir *Robinsons*, que es el nombre de los fabricantes de refrescos”. ¡Como en la mayoría de las cosas de la vida, existe lo real y la imitación de plástico!

“Veo la pertinencia del cristianismo, pero si llegara a ser cristiano, quisiera que todo fuera genuino. No podría soportar el pretender ser algo que en realidad no era”. Estos eran los sentimientos de alguien que conozco y que estaba a las puertas de la fe cristiana. Es comprensible que este temor surja en la mente de muchos que han visto una religión hipócrita. Nadie quiere ser un fariseo. Lo que realmente importa es esta diferencia entre tener solo “religión” y conocer al Dios vivo.

RELIGIÓN

La distinción entre la religión y la realidad es ciertamente una que hizo el mismo Jesús.

Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos. Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él. Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios ([Juan 3:1–3](#)).

Nicodemo era un maestro religioso e intelectual. También era muy sincero. Por eso fue lo suficientemente honrado como para ir a Jesús y hablar con Él acerca del conocimiento de Dios; en vez de descartarle sin más, como el resto de los fariseos.

Era serio y sincero, pero el afectuoso concepto que de él tenía Jesús era este: “Nicodemo, lo tuyo es solo religión; no tienes una verdadera relación con Dios; necesitas nacer de nuevo”. Y lo mismo le ocurría al apóstol Pablo antes de tener un encuentro con Jesús: era celoso, ferviente, fiel; pero no era salvo.

La experiencia de aquellos que son solo religiosos no es la de una relación satisfactoria con Dios: es una religión vacía. Así, pues, nos preguntamos: “¿Por qué se mete la gente en religiones vacías? ¿Y para qué continúan con ellas?”.

Creo que la respuesta es el *temor*. La raíz de toda “religión” es el temor. Permíteme que te presente a dos personas, y pueda así mostrarte en qué consiste esta terrible esclavitud de la religión vacía.

A la primera persona la llamaremos el “Sr. Escapista”. Mucha gente le tiene miedo a la vida y a sus dificultades, además de temerle también a la muerte. Esta es la situación en que se encuentra el Sr. Escapista. En el fondo, este hombre no cree en Dios en absoluto: en realidad, acepta una visión materialista del mundo que dice que solo existe esta vida con todos sus problemas, y nada más. El Sr. Escapista, sin embargo, no puede afrontar la dura realidad que le presenta su visión del mundo y, por tanto, se sumerge en un mundo fantasioso de religión. Aquí es donde el escritor futurista Alvin Toffler sitúa mucha de la religión de hoy en día, contra el trasfondo de una sociedad en constante cambio que pone mucha presión sobre los individuos hasta que estos sienten que no pueden más. “En vez de construir una cultura apropiada para este nuevo mundo, tratan de importar e implantar viejas ideas de otros tiempos y lugares, o de revivir las creencias fanáticas de sus antecesores que vivieron bajo condiciones radicalmente diferentes”.

La Iglesia cristiana organizada, junto con otros grupos religiosos, tiene que prestar atención a estos comentarios, ya que hay gente en las iglesias como el Sr. Escapista, que es solo religioso. ¿Qué dice la Biblia acerca de

esto? Está de acuerdo con que hay gente que fabrica dioses imaginarios. Son religiosos, pero no tienen contacto con el verdadero Dios viviente. De hecho, la Biblia ridiculiza bastante a aquellos que fabrican sus propios dioses cuando existe un Dios vivo al que puede conocerse.

Los ídolos de ellos son plata y oro, obra de manos de hombres. Tienen boca, mas no hablan; tienen ojos, mas no ven; orejas tienen, mas no oyen; tienen narices, mas no huelen; manos tienen, mas no palpan; tienen pies, mas no andan; no hablan con su garganta. Semejantes a ellos son los que los hacen, y cualquiera que confía en ellos ([Salmo 115:4-8](#)).

Al Sr. Escapista, con su mundo religioso fantástico, Jesús le dice: “Nicodemo, puede que seas religioso, pero no conoces a Dios”.

A la segunda persona con una religión basada en el miedo la llamaremos la “Sra. Tradicionalista”. Es una señora que acepta la idea de Dios — probablemente porque fue educada así por sus padres—, pero que nunca ha captado el Evangelio del amor de Dios y del perdón gratuito en Jesucristo. Al no conocer el amor de Dios, tiene miedo de Dios. Tiene miedo de que Dios venga a su vida. Tiene miedo de lo que esto pueda significar y, por eso, mantiene a Dios a distancia. Tiene miedo de dejar que Dios controle su vida. Mantiene el volante de su existencia en sus propias manos. La principal característica de su religión es que, al no conocer al Señor, no posee verdadera paz de corazón y de mente. A pesar de todas sus prácticas religiosas, no tiene una conciencia tranquila, sino que teme la justicia y el poder de Dios.

Esta era la experiencia de Martín Lutero antes de conocer a Cristo. Vivía como un estricto monje, tratando de poner en práctica las severas reglas monásticas:

Intentaba con ahínco cumplir la Regla. Hacía listas de mis pecados. Los confesaba muchas veces. Ponía en práctica escrupulosamente las penitencias que se me asignaban. Pero, a pesar de esto, mi conciencia aún me acusaba. Me decía todo el tiempo: “Has fallado aquí”. “No te has arrepentido lo suficiente”. “Has olvidado apuntar aquel pecado en la lista”. Trataba de curar las dudas y los escrúpulos de mi conciencia

con remedios humanos, con las tradiciones de los hombres. Pero cuanto más empleaba estos métodos, más molesta y desasosegada estaba mi conciencia.

Prisionero de esta religión vacía, Lutero es lo suficientemente sincero y franco como para confesar que, al no tener paz de corazón, odiaba a Dios en vez de amarlo. Estaba atormentado por el temor. “Nicodemo —dice Jesús—, eres un hombre honrado y sincero, pero no conoces a Dios”. Lo único que esta gente tenía era una religión basada en el temor, y no el tremendo privilegio de una verdadera relación con Dios.

REALIDAD

¿Cuál es la gran característica de una verdadera relación con Dios? ¿Cómo es la realidad?

Cuando Jesús entró en la Historia trajo lo que era casi un nuevo nombre para referirse a Dios, un nombre del que no se conocía virtualmente su significado exacto. Este nombre era el de “Padre”. Él se refirió a Dios como su propio Padre de una manera especial, pero también como el Padre del cristiano.

A través de todo el Sermón del Monte, Jesús se refiere a Dios como el Padre de aquellos que le siguen. ¿Cómo debe comportarse el cristiano? Jesús no da una lista muy amplia de reglas y normas, sino que simplemente subraya que debemos imitar a nuestro Padre celestial. ¿Y qué es lo que motiva este comportamiento? Es el amor hacia nuestro Padre que nos ha amado tanto.

¿Cuál es la característica más notable de una verdadera relación con Dios? Es que, gracias a la obra del Señor Jesucristo, la gente llega a conocer a Dios como su Padre. Saben que este los ama como un Padre, y ellos lo aman a Él como su Padre.

Después de haber sido resucitado de los muertos, Jesús volvió al Cielo, prometiendo que enviaría al Espíritu Santo para que habitara en los corazones de sus discípulos. ¿Cuál es la obra que el Espíritu Santo vino a hacer en los corazones de los cristianos? Así lo expresa el apóstol Pablo:

“Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡*Abba*, Padre!” ([Romanos 8:15](#)). “*Abba*” es una palabra aramea (el arameo era la lengua madre de Jesús) que quiere decir “papá”. El cristiano —dice Pablo— conoce y experimenta a Dios como su Padre. Este gran cambio nos quita el temor servil a Dios, para que pongamos la fe y una confianza reverente en Él como nuestro Padre. El cristiano llega a *amar* a Dios de corazón.

Bilquis Sheikh, antes musulmana, describe como encontró verdaderamente al Señor. La habían educado en el islamismo: donde se presenta a un Dios distante, alejado y severo, y al hombre con el único deber de someterse. Llegó a ser cristiana y descubrió, con gran gozo, al verdadero Dios por medio de la fe en Jesucristo. Luego, escribió su historia en un libro cuyo título resume la maravillosa realidad que había encontrado acerca de Dios: *I Dared to Call Him Father* (Me atreví a llamarle Padre). Conocer a Dios no es una tediosa religión de temor, sino una relación profunda, santa y alegre con el Padre. Aun en tiempos problemáticos, el cristiano puede estar seguro de que su Padre controla todas las cosas. La relación filial con respecto a Dios trae una profunda paz y fortaleza a nuestras vidas.

Una joven que encontró a Dios después de haber sido educada en la religión católica romana, explicaba el cambio que había ocurrido en su vida de la siguiente manera:

Ahora tengo una relación personal con Dios. Él es real para mí. Antes no tenía ninguna necesidad, ya que todo te lo daban hecho. No había necesidad de que oraras por ti misma, ni de pedirle a Dios perdón: se supone que el sacerdote lo hace todo por ti. Como cristiana, ahora tengo una nueva idea de Dios como Padre. Puedo acercarme a Él por mí misma, sin intermediarios [...]. Anteriormente, jamás experimentaba que pudiera liberarme totalmente de mi pecado: no tenía seguridad del perdón [...]. Si la gente me preguntase ahora: “¿Qué es ser cristiano?”; les diría: “Tener una relación personal con Dios”.

El apóstol Juan escribe así acerca del cristiano: “Mirad cuál amor nos ha

dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios” ([1 Juan 3:1, 2](#)).

¿Cómo podemos encontrar a Dios? ¿Cómo podemos hallar la realidad de conocer a Dios como nuestro Padre? Necesitamos ir al Nuevo Testamento para responder a esta pregunta.

Cuando Jesús dejó de ser carpintero y empezó a predicar, su mensaje era este: “El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” ([Marcos 1:15](#)). Y cuando el apóstol Pablo —que había visto a muchos convertirse en hijos de Dios bajo su ministerio— resumió lo que les había predicado, dijo: “Testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo” ([Hechos 20:21](#)).

Jesús dice: “Arrepentíos y creed”. Pablo dice: “Arrepentíos y creed”. El camino para llegar a Dios es arrepentimiento y fe.

ARREPENTIMIENTO

El arrepentimiento comienza cuando reconocemos y somos sinceros acerca de nuestro propio pecado y desobediencia. No puede haber verdadero arrepentimiento sin que la persona en cuestión se dé cuenta de que no ha vivido una vida que agrada a Dios y que este fracaso es su propia culpa. El arrepentimiento empieza cuando se está dispuesto a admitir sinceramente y con dolor: “Estoy equivocado”.

En nuestra sociedad encontramos múltiples presiones que tratan de reprimir dicha admisión. Los empresarios culpan a los sindicatos y estos a los empresarios. Los maestros culpan a los padres y estos a los maestros. Nadie quiere decir: “Yo tengo la culpa”.

Fui al psiquiatra
para que me psicoanalizara,
para saber por qué maté al gato,
y por qué golpeé a mi esposa.

Me tendió en un cómodo diván
para ver qué podía encontrar,
y esto fue lo que extrajo
de mi subconsciente.

Cuando tenía 1 año, mi mamá
me escondió la muñeca en un baúl,
y como lógica consecuencia
estoy borracho constantemente.

Cuando tenía 2, vi a mi padre
besar un día a la sirvienta,
y por esto sufro ahora
de cleptomanía.

Cuando tenía 3, padecía
ambivalencia hacia mis hermanos,
y por eso, naturalmente, enveneno
a todas mis amantes.

Estoy contentísimo de haber aprendido
la lección que me han enseñado:
que de todo lo que hago mal,
la culpa la tiene otro.

Desde luego, el poema es una versión exagerada de cómo piensa nuestra sociedad. Pero el que se arrepiente dice: “No, la culpa es mía. Es a mí a quien se debe censurar. Nada de excusar continuamente a todo el mundo. Lo hice yo. Estoy equivocado”. La persona arrepentida confiesa: “Señor, mi vida es un desastre y te ofende, y es culpa mía”. Jesús habló de dos hombres que fueron al templo a orar, y uno de ellos no veía nada que tuviera que

confesar: si alguien estaba equivocado, era otro. El Señor dijo que ese hombre oraba consigo mismo: Dios no lo escuchaba. El otro hombre sentía su pecado tan profundamente que lo único que podía hacer era pedir: “Dios, sé propicio a mí pecador”. Este hombre estaba diciendo: “Señor, sé que he hecho lo malo, he pensado lo malo, soy malo. Señor, no tengo nada que me pueda recomendar a Ti. Por favor, solo te pido que me seas propicio”. Jesús explicó entonces que Dios escuchó al hombre arrepentido y que este fue salvo ([Lucas 18:13, 14](#)).

Sin embargo, el arrepentimiento no termina con admitir que estamos equivocados. Es mucho más que una simple confesión. Es también acción. Cuando las líneas aéreas Laker quebraron en 1982, uno de sus aviones había salido del aeropuerto de Manchester y, a mitad del vuelo, se supo que la compañía había terminado. El avión tuvo que regresar. El arrepentimiento no es solo admitir que nuestra vida está en bancarrota delante de Dios, y que es culpa nuestra. El arrepentimiento conlleva una vuelta de nuestra vida egocéntrica a vivir para Dios. Hemos vivido nuestras vidas de acuerdo con nuestros propios deseos. El arrepentimiento es volverse y comenzar a vivir para Dios. No podemos tener a Dios y tolerar el pecado en nuestras vidas: no funcionaría. Si nos volvemos a Dios, debemos dejar el pecado.

Arrepentimiento quiere decir una vida cambiada. Ese rencor que quizá tienes contra tus padres, habrá de ser abandonado y reemplazado por un cuidado y un respeto genuinos. Ese placer que quizá sacas de engañar a la gente y hacerla sentirse pequeña, tendrá que desaparecer. La manera como utilizas el domingo, el día para adorar a Dios, deberá cambiar. Esa autocompasión en la que te gustaba sumergirte o esa quemazón interior por obtener más y más posesiones materiales, tiene que ser reemplazada por un amor reverente y profundo hacia el Padre. Jesús le dijo a la mujer sorprendida en adulterio: “Vete, y no peques más” ([Juan 8:11](#)). Una persona arrepentida hará todo lo que esté en su mano para romper con el pecado, y así poder agradar a Dios. El arrepentimiento nos presenta a una persona diciéndole sinceramente a Dios: “Oh Señor, sé que nunca seré perfecto en esta vida, pero, Padre, por favor, permíteme romper con la manera de vivir que he tenido hasta ahora, para poder vivir para Ti”. El poder de Dios es mayor que el del pecado. Tú sabes que el pecado tiene un dominio sobre ti que tú mismo no puedes romper; pero Dios puede librarte de él de manera

que no gobierne tu vida.

Arrepentimiento quiere decir una vida cambiada. Esta vida cambiada no será fácil. El seguir a Cristo trae problemas. Toda religión fácil es una religión falsa. ¿Sabes por qué? Porque el mundo está alejado de Dios y, si te conviertes realmente en un hijo de Dios, el mundo se separará también de ti. ¿Estás preparado para eso? “Siéntate —dice Jesús— y calcula el costo”. El camino es estrecho, pero el destino lo compensa abundantemente. “Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará. Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?” ([Marcos 8:35–37](#).) Jesús dice que los más ricos que han vivido las vidas más cómodas y sin problemas sufrirán una pérdida eterna al haberle rechazado a Él. Mientras que aquellos que han tomado su cruz y le han seguido en esta vida, conocerán no solo la paz del Espíritu Santo aquí, sino también todas las bendiciones de Dios por los siglos de los siglos.

Con esto hemos bosquejado el significado de lo que la Biblia llama arrepentimiento para con Dios.

FE

Más de 500 veces nos dirige el Nuevo Testamento a la fe. Esta fe debe centrarse específicamente en Jesús y su cruz. Vayamos de nuevo a la escena de la crucifixión:

Y le llevaron a un lugar llamado Gólgota, que traducido es: Lugar de la Calavera. Y le dieron a beber vino mezclado con mirra; mas él no lo tomó. Cuando le hubieron crucificado, repartieron entre sí sus vestidos echando suertes sobre ellos para ver qué se llevaría cada uno [...]. Cuando vino la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. Y a la hora novena Jesús clamó a gran voz, diciendo: Eloi, Eloi, ¿lama sabactani? que traducido es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? [...]. Mas Jesús, dando una gran voz, expiró.

Entonces el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. Y el

centurión que estaba frente a él, viendo que después de clamar había expirado así, dijo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios ([Marcos 15:22–39](#)).

La enseñanza del Nuevo Testamento es que, en la Cruz, Jesús hizo todo lo que era necesario para reconciliarnos con Dios. Debido a nuestros pecados —la manera como hemos pensado y actuado—, merecemos ser desamparados por Dios; pero, en la Cruz, Jesús fue desamparado por Dios en nuestro lugar. Por esto clamó: *“Eloi, Eloi, ¿lama sabactani?”*. Cuando Jesús murió, el velo que excluía a la gente del lugar santísimo en el templo judío se rasgó. Ese velo cubría el sitio donde la presencia manifiesta de Dios —su gloria— se había visto en tiempos anteriores. A nadie se le permitía entrar allí; pero, al morir Jesús, el velo se rasgó, simbolizando que el camino a la presencia de Dios ha quedado abierto para todos. En la Cruz, Jesús llevó a cabo por nosotros cuanto se requería para que pudiéramos venir a Dios.

La fe es simplemente confiar en Cristo para que Él te lleve a Dios. No confiar en lo bueno que te consideras, ni en tu honradez o tu asistencia a la iglesia, ni en tu propia sinceridad, sino simplemente confiar plenamente en Jesús. Cuando alguien viene a Cristo es muy parecido a lo que ocurre cuando dos personas se casan.

Nosotros somos la novia y Cristo el marido. La novia, al casarse, se da a su marido, confía en él y le sigue; de hecho dice que ya no se pertenece a sí misma sino a su marido. El marido responde protegiendo, cuidando, amando y dándose a sí mismo por el bien de ella. Cristo dio su vida por todos aquellos que confían en Él. ¿Qué mejor marido podría encontrarse? *Deberías* poner toda tu vida en *sus* manos para siempre. Búscale con la actitud dependiente y humilde del hombre que una vez le dijo a Jesús: “Creo, ayuda mi incredulidad” ([Marcos 9:24](#)). Búscale en oración, para que puedas entrar en esa boda con Cristo. Confía en Él para todo. Este es el camino a Dios.

Cuando Martín Lutero se volvió arrepentido de su pecado y puso su fe en Cristo, se dio cuenta de que estaba salvado, de que era un hijo de Dios. Y escribió: “Cuando me di cuenta de esto, me sentí completa y absolutamente nacido de nuevo: ¡las puertas del Paraíso se habían abierto de par en par, y yo había entrado en él!

¿Cómo llega una persona a convertirse en cristiana en la práctica? Hemos visto los grandes principios que traza la Biblia como único fundamento para venir al Señor. ¿Pero cómo encuentra una persona a Cristo en este primer cuarto del siglo XXI? A continuación tenemos las historias de dos personas que llegaron a confiar en el Señor Jesús en tiempos recientes. Se incluyen en este libro con la esperanza de que ayuden a otros a encontrarle también.

Capítulo 5 Testimonio de Javier Arenas

Nací en un pueblo de la provincia de Ciudad Real llamado Miguelturra. Durante mis primeros años apenas tuve educación religiosa por parte de mis profesores. Esta se limitó a la de mi madre. Ella es católica, como la mayoría de los españoles. Cree que hay un Dios y va a la iglesia solo en determinadas ocasiones. Solía decir que lo mejor es hablar con Dios a solas y confesarse a Él directamente. Procuraba enseñarme las cosas que ella sabía acerca de la religión. En cuanto supe leer me consiguió un catecismo, y aprendí algunas oraciones y mandamientos. Este fue mi primer contacto personal con la religión.

En 5º de Educación General Básica, el profesor era muy tradicionalista: nos exigía ir a misa todos los domingos; y cada lunes nos preguntaba a qué iglesia había asistido cada uno y de qué había tratado la misa.

No recuerdo ningún sermón en concreto del sacerdote. Quizá el resumen de todos fuera: “Hay que ser bueno”; pero aquello solo conseguía hacerme sentir bien conmigo mismo e inculcarme la idea de que ser bueno es ir a misa respetuosamente y llevar una vida decente. Yo estaba más preocupado con “ser bueno” que con buscar a Dios.

Mis siguientes años, hasta acabar el colegio, tomaron un camino más humanista y menos religioso, aunque seguía creyendo más o menos lo anterior. Mi vida estaba centrada en pasarlo bien: las chicas, el fútbol, el grupo de amigos... Llevaba una vida normal, no pensaba en nada profundamente. La vida para mí era sencilla y el modo de vivirla, también; como siempre: “Ser bueno”. Ahora esta expresión tan repetida iba tomando forma: hacer el bien era ser humanitario, liberal para con los demás, comunicativo, darme a los demás en pequeñas cosas, no mentir mucho. En esto estaba influido (aparte de que ello también me atraía) por la profesora de Religión de aquellos años. Para ella no había diferencia entre católicos,

testigos de Jehová, protestantes, o aun mahometanos o budistas, “pues todas las religiones —decía— nos llevan a una misma cosa, que es amar al prójimo y, por tanto, en el fondo, todas se acercan a Dios”. Aun los que no creían, pero tenían unos principios de vida humanitarios, debían de ser bien vistos por Dios; todos, en el fondo, tenían el mismo Dios aunque con distinto nombre. Esta idea tan amplia me parecía forzosamente real; no ponía trabas a mi vida; me dejaba ser como yo quisiese. Ahora puedo decir que tales ideas no hacen sino desvirtuar la Verdad absoluta de Dios en su Escritura, y que en aquel entonces me encaminaron hacia el ateísmo, que iba tomando forma en mí.

Un gran vacío

Sin embargo, había un gran vacío dentro de mí: era un miedo a la muerte que se hacía patente muy a menudo, sobre todo cuando estaba solo en la cama. Me asustaba lo que pasaría después, lo que encontraría; al mismo tiempo no quería dejar todo atrás. Comencé también a darme cuenta, aunque no muy profundamente, de mi falta de dominio propio; mil veces hacía planes para un día y todo quedaba incumplido por pereza, y los vicios podían más que yo.

A los dieciséis años comencé a estudiar bachillerato por la noche, compaginándolo con el trabajo en la granja de mi padre. Me replanteé la vida con mayor seguridad en mí mismo. El mundo era mío; podría llegar muy lejos, aunque no sabía adónde; tenía ansias de vivir. Dios era entonces para mí una creación de la mente o de hombres cobardes y pobres de espíritu. No existía, ni quería que existiese en mi vida. Prefería creer que yo provenía del mono antes que de Dios. El hombre era quien podía hacer cosas. Dios estaba muerto.

Seguí seguro de mí mismo, llenando mi mente de bonitos ideales, al tiempo que me iba dando cuenta que todo aquello se tambaleaba: algo faltaba. A menudo pensé que se trataba de una compañera, o de tener más cosas, moverme en otro ambiente o alcanzar grandes metas en los estudios.

La idea de lo que yo mismo era me hizo dudar de todo. Según la ciencia —y según lo que yo creía— somos producto de una evolución, cualquiera

que esta sea. Es decir: la materia muerta se hizo materia viva; la materia viva se fue transformando en células; las células en otros organismos inferiores; estos, tras muchos millones de años, en monos u otros animales de donde vienen nuestros abuelos. Muy bien, todo se podía decir de un modo científico, extenso, con datos de todo tipo; cada día había nuevas teorías. Pero esto me decía que yo era, al fin y al cabo, unos pocos kilogramos de carbono, agua, silicio y otros componentes, complejamente ordenados en millones de enlaces distintos, que formaban mi ser; y que todo lo que sentía o deseaba no era sino un juego de las neuronas de mi cerebro o qué sé yo. Me sentía realmente decepcionado de ser eso. No comprendo cómo la gente se toma la idea de la evolución —o lo que es lo mismo, de la creación material sin Dios— al pie de la letra y sigue creyéndose algo en esta vida. Entonces se presentaron otras filosofías o teorías para llenar este sin sentido; y aunque en momentos de euforia llegaban a consolarme, eran solo parches en un barco hundido.

Una noche, mientras trabajaba en el establo de mi padre, sin ninguna causa visible ni nadie que me hablase, comprendí, llorando de arrepentimiento, que había dejado a Dios y seguido mis propios caminos, y que ahora pagaba las consecuencias. Me di cuenta de que Dios existía, de que era real. Cinco años después, y mirando las cosas objetivamente, no recuerdo ninguna causa humana que me motivase a darme cuenta de esto: simplemente aquel día comencé mi trabajo como ateo —moralmente por los suelos— y terminé creyendo que había Dios, y que yo había actuado en contra suya.

Me pareció haber encontrado la respuesta a mi existencia. La alegría volvió, reconocí mi error y a partir de entonces me propuse tener bien presente a Dios en mi vida. Aquella noche me di cuenta, claramente, de que era solo a Él a quien ofendía; es decir, no al Dios de alguna iglesia sino al Dios verdadero, Creador de todas las cosas y manifestado en Cristo Jesús.

Mi vida cambió un poco al principio. Oraba a Dios a mi manera, le pedía ciertas cosas que a mí me parecían importantes; pero esta esperanza fue decayendo poco a poco y pronto me sentí defraudado, aunque ya no llegué a hundirme tanto. Sabía por lo menos lo que era y que tenía un alma. La vida era algo más que lo que se podía ver.

Un grupo diferente

Una tarde del siguiente verano, dos amigos —Valentín y Pablo— y yo nos encontramos casualmente con un grupo de jóvenes que hablaban de una religión desconocida, y nos invitaron a sus reuniones. Lo que encontré allí me pareció estupendo al principio. Era justo lo que estaba buscando, y estaba de acuerdo con lo que yo creía desde mi experiencia anterior. El grupo era agradable y simpático. Realmente me gustó, aunque no profundicé en lo que me decían. Se respiraba un ambiente diferente: más tranquilo, más seguro, más real que el que jamás había visto en otra iglesia o grupo.

Continué asistiendo con Valentín a sus reuniones y cultos. Estábamos allí como observadores, y la gente nos trataba como amigos. Pronto supimos que era una iglesia cristiana evangélica. Al principio yo no captaba lo que allí se predicaba, y lo que iba entendiendo no me gustaba. En menos de tres semanas se creó en mí una sensación de aburrimiento y de rechazo.

Sería muy largo expresar todos mis sentimientos, impresiones y el continuo confrontar de ideas de aquel tiempo. En resumen, después de varias semanas y, tras leer un libro doctrinal sencillo, me di cuenta de que la doctrina cristiana era totalmente contraria a mis ideas y mi carácter.

Yo me consideraba bueno: tenía pequeños defectos, pero en el fondo no me sentía tan malo como la Biblia decía. El que la Biblia afirmase “No hay justo, ni aun uno” ([Romanos 3:10](#)) y “Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga” ([Isaías 1:6](#)), herían mi ego en lo más profundo. No podía aceptarlo; me parecía una exageración.

También observaba la vida de los cristianos: que todo lo hacían si Dios quería, cuando Él quisiese o como quisiese. Decían que eran siervos, que tenían que negarse a sí mismos y que su vida debía estar dominada por Cristo. Lo que me parecía absurdo era que hablasen de verdadera libertad. A veces los miraba y sentía una irónica pena dentro de mí; sobre todo, cuando decían ser ovejas (los veía como tales). Tampoco podía aceptar esto. Yo buscaba la Libertad, no estar bajo un régimen: ni siquiera el de un ser perfecto.

Además, la Biblia hablaba de un horrible Infierno, un lugar de eterno sufrimiento del que no había posibilidad de salir nunca y donde todos los no convertidos —es decir, una gran mayoría de personas—, se condenarían. Esto me parecía aberrante e inconcebible, no solo en cuanto a mí —que había conocido el modo de salvarme—, sino más aún en relación con mis padres y hermanos, que no sabían que tal cosa les esperara después de la muerte y, por tanto, ni siquiera tenían la posibilidad de elegir. Además, no hay nadie que nazca lo suficientemente bueno ante Dios como para escapar de su castigo; por lo cual el hombre sería una víctima de la vida: nacería sin elegirlo, viviría lo mejor que pudiese en el país que le hubiese tocado (a lo peor en una cultura donde ni se conoce el modo de salvarse), moriría y sería condenado irremisiblemente. El hombre no elegía ni hacía nada; todo (según creía yo) lo hacía Dios. Dios comenzó entonces a parecerme un ser sádico e insensible: no merecía ni siquiera el ser tomado en cuenta y, por supuesto, yo me creía más misericordioso y mejor que Él.

Mi amigo Valentín siguió asistiendo a las reuniones y los cultos. El tenía un carácter distinto del mío, más perseverante y firme. Indagaba todos los puntos del cristianismo de aquel grupo. Aunque también chocó con los mismos problemas que yo, no se quedó ahí; siguió buscando. Solía decir que aquella iglesia tenía algo diferente. Ellos afirmaban predicar la Verdad, y él tenía que llegar hasta el fondo. Continuó semana tras semana indagando, preguntando, descartando uno y otro error, hasta que a los ocho meses llegó a ser creyente. Pese a que su amistad hacia mí permanecía tan firme como siempre, nuestra forma de enfocarlo todo, aun antes de su conversión, iba diferenciándose cada vez más. Esto hizo que cada día estuviéramos más separados. Sentía que alguien me había arrebatado un gran amigo. Pero el hecho de que él continuase asistiendo a aquella iglesia me obligaba —si de vez en cuando quería verle— a pasar por allí. El pastor me instaba a asistir, la gente me preguntaba por mi estado espiritual y, de vez en cuando, no tenía más remedio que oír la Palabra de Dios, que mordía mi conciencia.

Luchas

Durante un largo año intenté luchar contra el cristianismo. Al principio opté

por la actitud más fácil: decir que todo aquello era un montaje de aquel grupo. Pero bastaba una mirada objetiva para darse cuenta de que lo que decían era lo mismo que afirmaba la Biblia; por tanto, tenía que deshacer los fallos que, en mi opinión, tenía la Biblia misma. Luché con cualquier arma que estuviese a mi alcance; tenía que derribar ese cristianismo de absolutismo divino, humillación humana e Infierno.

Desde el primer momento, sin embargo, la Palabra de Dios me resultaba contraria, causa de depresiones e incomprensible; pero en su totalidad no podía echarla por tierra. Me impresionaba su autoridad, la cantidad de profecías que se cumplen en ella, su autenticidad histórica, el hecho de que pese a sus muchos escritores a lo largo de muchos siglos, todos coinciden en unos puntos clave y, más aún, se complementan y apoyan. Cada vez que intentaba enfrentarme a ella me sentía como el que intenta hacer retroceder a un elefante enfurecido a empujones; no podía leerla, ser sincero conmigo mismo y con la Verdad, y decir que todo era mentira. Sobre todo, la vida y las palabras de Cristo me producían profundos escalofríos. No lo decía —no quería reconocerlo—, pero sentía la Verdad dentro de ella. En aquel entonces hubiera deseado no haberla conocido: no podía ser feliz con lo que sabía acerca de Dios.

Intenté cumplir, perfeccionarme como hombre, para apartar de mí el dedo acusador de Dios; ser más puro, dejar ciertos vicios... Sobre todo, pretendía cumplir la ley del amor, la cual pensaba que Dios no cumplía. Pero se repitió lo mismo que cuando en otro tiempo había caído sin conocer la Biblia: que no pasaba de ser un ideal escrito en un papel. Mi corazón solo buscaba llenarse de méritos para poder acusar a aquel grupo de personas, y decir: “¿Lo veis? Yo, sin necesidad de Dios, soy mejor que vosotros”. Y en el fondo pensar: “Soy mejor que vuestro Dios”. Puede que consiguiese mejorarme a los ojos de los hombres, pero lo dudo; estaba triste y malhumorado, intentaba ser humilde para satisfacer mi orgullo, dar afecto para sentirme satisfecho, amar a unos hombres para aborrecer a otros juntamente con su Dios. Pronto me di cuenta de que no podría acercarme a la santidad tan perfecta de la Biblia, aunque aquella obstinación no se apartó de mí totalmente.

Llegó un momento, después de aquel largo año, en que estaba muy

cansado de luchar, de dar coces contra el aguijón. Comprendí que no podía cambiar la Verdad. Sabía que si seguía buscando otras respuestas en otras religiones, hombres o filosofías, no serviría de nada. Desde lo más hondo de mi corazón deseaba que Dios no existiese. Recordaba mi niñez en el campo con una profunda nostalgia que a veces me hacía llorar a solas. Resignado, más que decidido, comencé a escuchar sin discutir, a leer sin interpretar, no tenía fuerzas para más. Durante aquel año Valentín ya había recibido a Jesús como su Salvador, y pasábamos muchos ratos charlando acerca del Evangelio.

Conmovido

Una noche leí en [Efesios 5:1](#): “Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados”. Mi corazón se conmovió al leer “amados”. Otras veces había leído palabras de amor de parte de Dios, pero nunca antes me había dado cuenta que fueran tan reales. Si la Palabra de Dios hablaba del Infierno, de justicia y de verdad, también hablaba de un gran amor, una gran misericordia, una gran paz. La gran oscuridad no había desaparecido del todo, pero ahora tenía una pequeña luz para seguir.

Un domingo por la noche llegué insatisfecho a mi casa. No recuerdo dónde estuve. No tenía sueño y preferí leer algo relajante. Sin querer, me topé con unos libros que Valentín, en mi ausencia, me había dejado en casa. Uno de ellos se titulaba *¿Existe el Infierno?* Lo leí entero aquella noche. En cada página que pasaba buscaba ansiosamente que este libro, apoyado fielmente en la Biblia, abriese una ventana de esperanza para los pecadores no arrepentidos; pero no era así. Esta vez no me puse a discutir neciamente o a intentar olvidar. Sabía que era cierto y, si de verdad amaba a mis padres, a mis hermanos, a mis amigos, lo que podía hacer por ellos era salvarme para poderles mostrar la salvación. Era lo que tenía que hacer, no podía quedarme así.

Seguí buscando, ahora de verdad, pero no podía arrepentirme ante Dios mientras este fuera injusto a mis ojos. Y un día, mientras trabajaba, una frase saltó a mi mente: “Si la condenación es injusta, ¿cómo pudo Él hacerse hombre, vivir como hombre sin pecado y sufrir esa misma condenación?”. Tal injusticia resultaba imposible: es el hombre quien es pecador y Dios justo

para con el hombre.

Casi no podía creerlo. Después de todo el tiempo pasado, por fin comprendía que era yo el que tenía que pedir perdón a Dios. Sentí entonces una profunda alegría: finalmente empezaba a entender; y uní mis palabras a aquellas de un texto del libro de Job: “¿Será el hombre más justo que Dios? ¿Será el varón más limpio que el que lo hizo?” ([Job 4:17](#)).

Comencé a buscar como nunca la predicación y la enseñanza de la Palabra de Dios; pero me vino a la mente cierta inseguridad en cuanto a la salvación. El pastor de la iglesia, entonces, me prestó un libro de Spurgeon titulado *Todo por gracia*. En él vi que a mí me pasaba lo que al carcelero de Filipos ([Hechos 16:29, 30](#)): me había dado cuenta de mi pecado y de la santidad y el poder de Dios, y preguntaba: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”. Lo que aquel autor explicaba era la misma respuesta que Dios le da al hombre y que nuestra desconfianza no nos deja ver, la misma respuesta que Pablo le dio al carcelero: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo”. Spurgeon comenta también otro claro y precioso pasaje: “Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos” ([Romanos 5:6](#)). Era el Evangelio puro de Dios, que tantas veces había pasado ante mí y yo había rechazado. Mi salvación estaba en Cristo y en su sacrificio expiatorio. Él, momentos antes de morir en la Cruz, exclamó: “Consumado es” ([Juan 19:30](#)). El remedio que Dios preparó para los hombres desde antes de la fundación del mundo (el derramamiento de sangre que pagaría por todo mi pecado) estaba en Cristo. El castigo que yo tenía que sufrir justamente, Cristo lo sufrió por mí, y mi culpa quedó totalmente pagada. La obra de mi salvación ya estaba acabada hacía casi 2000 años, y nada tenía que añadir a ella, nada que fuese mío. Simplemente tenía que beber “del agua de la vida gratuitamente” ([Apocalipsis 22:17](#)).

Convertido

Lo que este libro hizo fue mostrarme con más claridad el Evangelio que yo estaba deseando aceptar desde que comprendí la justicia de Dios, pero que estaba un poco confuso en mi mente. Vi con claridad lo que significaba el Evangelio: “buenas noticias”. Pasé de muerte a vida. Atrás quedaban años de incredulidad y rebeldía, de muerte e Infierno; una nueva vida de

seguridad en Cristo y de paz con Dios comenzaba. El Cielo estaba abierto para mí, y era Dios mismo en Cristo Jesús quien me lo daba.

Ahora, varios años después de mi conversión, aún sigo descubriendo cómo Dios actuó y actúa en mi vida. Fue Él quien me derribó de mi orgullosa incredulidad, quien hizo que conociese una iglesia que predicaba la Verdad, el que ponía en mi conciencia ese malestar que no me dejaba tranquilo y que no lograba quitar de mí con cualquier otra creencia. Aunque toda mi vida era un no querer a Dios, El me estaba atrayendo con su amor para darme su salvación y hacerme hijo suyo. Solo en Él he encontrado misericordia, perdón, amor, sabiduría, paz y continuo gozo. La gloria y la salvación pertenecen a Dios.

Capítulo 6 Testimonio de Manuela de la Torre

El conocer a Dios y su obra de salvación ha sido el acontecimiento más importante de toda mi vida, y espero que, al igual que yo, muchas personas lleguen a reconocer a Cristo como su único Salvador.

Nací en Ciudad Real, una pequeña ciudad de unos 50 000 habitantes. Mis padres me incorporaron a la Iglesia católica por medio del bautismo. Ellos no son muy religiosos, pero consideran de suma importancia que sus hijos estén bautizados.

Durante ocho años estudié en un colegio de monjas, donde aprendí la importancia de la misa y los peligros del pecado. En mayo teníamos unas ofrendas florales que a mí, particularmente, me gustaban mucho. Todas las chicas de la clase bajábamos a la capilla y allí ofrecíamos flores y pequeños versos a la Virgen. El ambiente era muy agradable.

Cuando dejé el colegio trabajé durante algún tiempo y, posteriormente, seguí otros estudios.

Invitación

Cierto día, cuando paseaba con mi hermana y con mi amiga Prado, nos encontramos con un grupo de jóvenes que conocían a mi hermana y que nos invitaron a tomar un café. Hablaban de Dios, y a mí me pareció muy interesante lo que decían. Una de las jóvenes nos invitó a asistir a la reunión que tenían ese mismo día por la tarde. Era sábado.

Cuando íbamos a aquella reunión me enteré de que eran evangélicos. Me puse muy nerviosa. Siempre había oído hablar muy mal de ellos. Me habían dicho que no creían en la Virgen ni en los santos. Comencé a pensar en lo que opinarían mis padres y mis amigos si me veían; pero decidí ir para defender a mi Iglesia y no me importó nada mi timidez.

Cuando llegamos, el ambiente era muy diferente de lo que me había imaginado. Había una atmósfera alegre y los jóvenes parecían simpáticos.

No recuerdo muy bien de qué trató aquella primera reunión, pero sí que preguntaba cosas que me parecían muy importantes. Algo que me llamó la atención fue que casi todo lo que hablaban tenía un fundamento bíblico. Me di cuenta de que desconocía muchísimo la Biblia, pues hasta para buscar los distintos pasajes, uno de los jóvenes tenía que ayudarme. Ese día fracasé al tratar de defender mi Iglesia, porque desconocía muchas cosas.

Comencé a pensar que era peor católica de lo que había imaginado y que necesitaba estudiar la Biblia. También pensé que aquella biblia podía ser diferente de la mía, y los pasajes que recordaba los busqué en la mía propia. Me costó mucho encontrarlos. Creo que era la primera vez que buscaba de esa manera. Al encontrar los pasajes me llevé una decepción, porque eran iguales en ambas biblias.

No volví a ir a aquella iglesia evangélica por algún tiempo. Estaba muy ocupada con mis estudios. Pero mi hermana y Prado continuaron yendo, y al cabo de un tiempo las dos abrazaron la fe evangélica.

Aquello me entristeció, porque pensaba que cometían un gran error; pero al mismo tiempo, al ver lo que decían y lo contentas que estaban, me alegré: por lo menos ahora parecían creer en Dios.

Un día estudiamos en clase la Reforma protestante, y yo le dije a mi compañera que en el colegio había tres jóvenes evangélicos. Ella entonces me animó a que hablase con ellos y me sugirió que hiciésemos reuniones para conocer mejor cómo pensaban. Todos los viernes empezamos a tener una reunión después de clase.

A raíz de dichas reuniones comencé a asistir otra vez a la iglesia evangélica los sábados por la tarde. Los domingos iba a una iglesia católica.

Atraída

Empecé a sentirme atraída por la forma en que hablaban de Dios, por su manejo de la Biblia y por el amor que había entre ellos. Pero me sentía culpable pensando que estaba traicionando a mi religión. Mi sentimiento de

culpa al asistir a sus reuniones era tan grande que dejé de hacerlo y no quería ya encontrarme con nadie de aquella iglesia.

En ese tiempo comencé a salir con Moni, una antigua compañera de colegio, y cierto domingo, después de misa, nos encontramos con un grupo de la iglesia evangélica y mi hermana entre ellos. Esta conocía a Moni y la invitó a ir al culto que tenían por la tarde. Estuvimos poco tiempo con ellos, pero a Moni le cayeron simpáticos y empezó a hacerme preguntas. Yo le hablé de todo lo que sabía y por la tarde fuimos al culto.

Desde ese día comenzamos a ir muy a menudo a aquella iglesia, pero sin dejar de asistir a misa todos los domingos por la mañana. Yo me sentía mejor, pues Moni también era muy católica y me parecía que no tenía ningún prejuicio acerca de asistir a una iglesia evangélica.

En ese tiempo descubrí cosas muy interesantes que me hicieron pensar que no había tenido en cuenta a Dios mismo en mi vida, y que solo le veía como una religión para alcanzar la salvación del alma. Al comprender esto, comencé a buscar a Dios en la Iglesia católica, donde creía que podía estar. Asistía a casi todas las reuniones que tenían lugar en San Pedro, la iglesia adonde iba los domingos. También iba a rezar el rosario en reuniones especiales, pero no encontraba nada haciéndolo. Y un día, en una reunión de jóvenes, estudiamos los Diez Mandamientos y, cuando se leyó el segundo, me di cuenta de que había algo erróneo en la Iglesia católica: “No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba [...]”. Me decía que yo estaba haciendo algo que Dios prohibía, y era el adorar imágenes. Comprendí que salvarme por medio de mis buenas obras era mucho más difícil de lo que había pensado; porque conforme iba conociendo a Dios, cada vez me sentía más lejos de Él por mis pecados.

Decepcionada

A pesar de que vi claramente que la Iglesia católica me había decepcionado en esto, continué acudiendo a sus cultos, pero a partir de ese momento investigué qué era lo que Dios mismo había dicho y qué decían los hombres. Fue muy triste darme cuenta de que había cosas muy equivocadas y que la gente no se percataba de ello, ni se preocupaba de si Dios estaba de

acuerdo con lo que hacían. Eran tradiciones de hombres, totalmente opuestas a la Palabra de Dios.

Comprendí que cuando adoraba a una imagen, esta no me oía ni me podía ayudar y —lo que es aún más importante— le quitaba toda la gloria a Dios. El Dios que comenzaba a conocer era mucho más grande de lo que me había imaginado. Él es infinito, y yo lo limitaba.

También descubrí una cosa que no había observado ni entendido nunca. Siempre había oído hablar de un Dios de amor o, por el contrario, de un Dios de ira; pero para mí Dios siempre había sido un Dios de amor. Sin embargo, por fin comprendí que Él también era un Dios de justicia, y que su justicia no podía pasar por alto mi pecado. Siempre había confiado en mis buenas obras y cuando hacía algo malo corría a confesarme. Cuando leí en la Epístola a los Romanos: “No hay justo, ni aun uno [...]”, me di cuenta de que yo no era una excepción y que el hombre, por naturaleza, es pecador y no busca a Dios.

Descubrimiento

En la iglesia evangélica se hablaba continuamente de la salvación, pero solo me di cuenta de ello cuando supe que estaba perdida, que yo sola no podía llegar a Dios, y que si no había ningún justo, los sacerdotes tampoco lo eran y no podían, por tanto, ayudarme a alcanzar esa salvación. Descubrí que la salvación de que se hablaba era gratuita: que el hombre no podía hacer nada y que Dios nos regala la salvación por medio de Cristo.

Yo pensaba que aquello no podía ser tan fácil: que si fuera verdad, todo el mundo sería salvo. Sin embargo, a pesar de ser tan fácil, la gente no quería una salvación gratuita, sino que prefería ganarla mediante sus obras. Si yo aceptaba que Cristo —y solo Cristo y su muerte— era suficiente para salvarme, ello supondría que los demás estaban equivocados y se podían condenar.

Al final comprendí que había estado menospreciando el sacrificio de Cristo y que Él había muerto por mí personalmente, como por cada persona que se reconoce pecadora y acude a Él. Fue entonces cuando lo recibí como mi Salvador, como el único capaz de llevar mis pecados y como el único que

puede proporcionarme una relación con Dios.

Desde entonces todo es diferente. Ahora tengo comunión con Dios: una comunión personal, rica y viva, que solo el sacrificio de Cristo me podía dar. Ahora entiendo la Biblia y sé que Dios tiene un plan perfecto para mi vida y que estaré eternamente junto a Él.

¡Gloria a Dios por su obra de salvación, por su amor y por su justicia!